

# LAS MARGARITAS NO SONRIÉN EN OTOÑO

## UN AHORA

Aquella tarde estaba muy cansada, me encontraba de muy mal humor, había tenido un día complicado en el colegio, Berta, mi mejor amiga se había enfrentado a mí, me había insultado e intentaba ganar protagonismo poniendo a las demás en contra mía; no lo había conseguido, aunque sí había logrado crear un ambiente enrarecido a mi alrededor.

Entré en casa, mi madre estaba en la cocina preparando la cena y mi padre no había vuelto todavía de trabajar. Fui directamente hasta mi cuarto, el ser hija única me evitó encontrarme con algún hermano que me fastidiase y que echara más leña al fuego que ardía ya descontrolado en mi interior. Las imprecaciones y toda clase de pensamientos, por cierto bastante negativos, flotaban en mi mente como futuras posibilidades arrojadas contra Berta. Decidí abandonar estos oscuros pensamientos, estaba harta, pondría música, cenaría y me iría a la cama, no tenía ganas de nada ni de nadie.

Me dirigí hasta el ordenador, un portátil que mi padre me había regalado. Lo encendí, estaba deseando ver mi correo, eso era lo único que ponía un poco de calma en mi tormenta interior, aunque más que tormenta era puro enfado, cabreo puro y duro; me repetía una y otra vez que la guapita de Berta me las pagaría al día siguiente, que ajustaríamos las cuentas, de eso no cabía la menor duda.

Cuando fui a conectarme a Internet, entró mi madre en la habitación. En su cara estaba dibujada la sorpresa y el disgusto. Se me quedó mirando sorprendida. Yo no la hice ni el menor caso, mi madre tenía el don, como mi padre, de sacarme de quicio en décimas de segundo; era como magia, en muchas ocasiones nada más verles ya me encontraba de uñas contra ellos.

-Te parece bien entrar en casa y no ir ni a darme las buenas tardes, no te digo un beso, pero por lo menos un hola, un estoy aquí.

-Mamá, déjame en paz, vete y cierra la puerta.

Mi madre me miró sorprendida. No me asombró que hiciera exactamente lo que la había pedido, ella nunca discutía conmigo. Sabía que me había pasado cuatro pueblos con lo que la había dicho, pero era más fuerte que yo el tratarla así, sobre todo cuando no me aguantaba ni a mí misma.

Pasó un buen rato, traté de descansar, de serenarme. A pesar de mi persistente sordera en el oído derecho, fruto de un accidente esquiando en invierno en una convivencia del colegio, oí que mi padre había llegado a casa, que iba donde mi madre, que hablaban. Vino a continuación a mi habitación, abrió la puerta.

-Hola hija.

-Hola papá, ¿cómo estás?

-Mal, hoy estoy pasando un mal día con esta pierna, me duele especialmente fuerte, debe de ser el cambio de tiempo, en otoño se me resiente mucho. Vamos a cenar, prepárate hija.

Mi padre tenía una lesión en una pierna, siempre la había tenido. No se quejaba formalmente de ello, pero lo inutilizaba para ser o realizar lo que yo llamaba ejercer como padre normal. Muchas veces llegaba a necesitar una muleta y el salir con él de compras, o a cualquier sitio, era un rollazo; las escaleras, los pasillos largos o cualquier cosa que le molestase por su invalidez no declarada como formal, eran un reto para la paciencia. Bien era cierto que pasaba temporadas enteras bastante bien y que apenas se le notaba esta tara, pero eran las menos.

Decididamente no podía soportar a mi padre y sin yo desearlo, ni quererlo, le despreciaba con toda mi alma. Creo que mi padre sufría por esto, que se daba cuenta perfectamente, pero ¡que porras!, también nosotros sufríamos enclaustramiento por su culpa. A mi madre parecía no afectarla esta tara suya, todo lo contrario, la inducía a quererle más, ¡cosas de ellos, rarezas! yo que mi madre me lo habría pensado.

Pero aquélla tarde estaba realmente enfadada, siniestra, muy turbada. Mi madre me llamó a la mesa. Abrí la puerta de mi habitación y di un grito expresando mi deseo de no cenar; aunque ellos no lo sabían, tenía una buena reserva de snacks en mi mochila. No tardó en abrirse la puerta de mi habitación, mi padre entraba enfadado.

-¿Por qué no quieres cenar? ¿Qué te pasa hija? ¿Te duele el oído? Tengo que hacer que te lo mire un otorrino que me han aconsejado, tengo miedo que se te quede crónica alguna molestia.

-No tengo hambre, eso es todo, y no me duele el oído, gozo de muy buena salud.

-Entonces, ¿por qué no vienes a cenar?

-Papá, no tengo hambre.

-Que no tengas hambre, no es suficiente para que tengas esta actitud con nosotros.

-Oye, perdona, yo no he pedido nada, además no creo que sea mucha molestia el que cenéis sin mí. ¡No es para tanto!

-Te parece poco que tu madre haya estado en la cocina toda la tarde para que tú desprecies su trabajo y su amor de esta forma.

-Papá, por favor, déjame en paz.

-No, no te voy a dejar en paz, vas a salir ahora mismo de tu cuarto esbozando tu mejor sonrisa y te vas a sentar a la mesa, y ni que decir tiene que te vas a comer todo lo que te ponga tu madre en el plato.

-Y si no quiero.

-Si no quieres te aseguro que no te va a gustar lo que te va a pasar jovencita.

-¿Es una amenaza?

-Llámalo como te dé la gana, pero te quiero fuera de esta habitación ¡ya!

-En cuanto pueda me iré de casa, de eso no te quepa la menor duda, estoy harta de esta presión por vuestra parte, no lo soporto más -repuse muy enfada y con cara de asco-.

-Muy bien hija, me acordaré de no cerrar a partir de ahora la puerta principal de la casa. Aunque ya te estoy viendo ir a la mesa, o quieres irte ya de casa -repuso mi padre con un acento de marcada pena-, aunque no carente de autoridad.

Si mediar más palabras fui hasta el comedor, me convenía no enfrentarme a mi padre, sabía que llevaba las de perder. Llegué a la mesa en total silencio, mi madre me miró interrogante.

-¿Qué pasa Isabel? No es usual este comportamiento en ti.

-Te recuerdo mamá que ya no soy un bebé, tenéis que ir os cambiando un poco el chip tanto papá como tú. ¿Cuándo se os meterá en la cabeza que ya soy mayor. No soy un bebé al que tengáis que tener sometido a cuidados las veinticuatro horas del día. ¡Por favor, ignorarme un poco, yo haré lo mismo, gracias!

-Comprendo, te estás haciendo mayor, aunque te advierto que abordar la mayoría de edad conlleva consecuencias, responsabilidades.

-Ya estamos con esas. Parece que ser mayor va a ser un techo que se me va a caer encima y que me va a asfixiar.

Mi madre me miró enfada, había estado chula y un tanto altanera. Mi padre entraba en el comedor, parecía haberse lavado la cara, tenía los ojos algo rojos. Como estaban chapados a la antigua, bendijeron la mesa. Comenzó la cena, mi madre había hecho una sopa de primero y pollo asado de segundo; estaba bastante bueno, la verdad es que se me abrió el apetito, los pollos asados de mi madre estaban riquísimos.

Pero, con todo y con eso, no me encontraba a gusto, me sentía acosada, cada vez estaba más desplazada de éste ambiente tan cerrado de tres: papaíto, mamaíta y la niñita en medio. Opté por guardar silencio. Pero mi madre, siempre incisiva, supo tocar donde más dolía.

-Me ha dicho Yoli, la madre de Emilia, que has conocido un chico.

-Ya estamos, acaso una no puede una tener su intimidad sin que nadie se entrometa. Emilia es una cotorra.

-No hija, no digas eso, es una buena chica y tú sabes por qué.

-Pues no lo sé. Me gustaría saber que os ha contado esa chismosa.

-Guarda más respeto cuando hables de una amiga de tu madre. Jovencita te estás pasando, y pasando mucho, basta ya.

-Máximo, creo que así se llama, es un chico violento, mujeriego, más de una compañera tuya del colegio puede dar testimonio de ello. Hija, ese chico lleva colgada una mala fama la cual se ha ganado a pulso.

-Mira mamá, me niego a seguir hablando sobre este tema, nadie puede meterse en mi intimidad.

-Perdona, pero cuando una se entera que ese chico maravilloso, al que tú defiendes con tu intimidad, pega a las chicas, una piensa, y no puede dejar de pensar con qué clase de salvaje está su hija.

-Todo eso son habladurías, idioteces, él ha dado calabazas a más de una y se vengan de él poniéndole verde. Es típico. Nos os creáis todo lo que se diga por ahí, los chismorreos son siempre chismorreos.

-Bien, si son chismorreos, me podrás explicar por qué ha bajado tu rendimiento, en esta evaluación, has suspendido dos materias y has hecho pellas un buen número de veces. ¿Me puedes explicar entonces esto hija?

-Mamá, no quiero hablar, estoy cansada, déjame en paz.

Mi padre permanecía callado, aunque estaba atento a la conversación. Comenzamos a cenar, por mi parte en absoluto silencio, no tenía ninguna ganas de

hablar. Mi padre también permanecía callado, aún de lo que se había dicho, extrañamente callado, sin intervenir de ninguna forma, no solía hacerlo cuando era mi madre cuando me regañaba, pero esta vez parecía diferente. Pero esto no era un simple regaño, había mucho más trasfondo, ellos lo sabían, yo lo sabía.

Cuando comenzamos el segundo plato, después de dar un corto sorbo de agua en mi vaso, sin venir a qué, como algo que me sobrevino, sin ninguna explicación, di un respingo, un brusco e involuntario movimiento por algo que me había asustado. Mis padres se sobresaltaron.

-¿Qué te ha pasado hija, has dado un bote en tu asiento?, casi te caes al suelo ¿estás bien?

Intentado mantener el tipo, quité importancia a lo que me había pasado, y como si no fuera nada...

-No ha sido nada, no os preocupéis, ya estoy bien. Me ha parecido escuchar una voz a mi lado que me decía algo. No sé, será una tontería, una imaginación mía, pero me ha asustado, eso es todo.

Noté que mi corazón latía acelerado, tenía una taquicardia de aquí te espero. Mis padres algo atónitos y preocupados, se interesaron por ello. Yo no supe explicarlo, la verdad es que estaba un poco fuera de juego. Reconozco que comencé a ponerme algo nerviosa, y además se me notaba. Ellos intentaron calmarme mientras me decían que estaba en época de exámenes y sometida a mucha presión, que tenía que tranquilizarme.

-Era una voz, de eso estoy segura, además con un tono claro. No sé que podrá ser, yo misma estoy sorprendida, no sé que pensar, la verdad es que...

Estaba cada vez más nerviosa, me temblaban, sin yo quererlo, las manos y tengo que reconocer que me invadió un miedo terrible, además no podía disimularlo. Mis padres se dieron cuenta de que me estaba poniendo fatal por momentos.

-Tranquila hija, tranquila pequeña, cuéntanos más, estás temblando, ¿que decía esa voz?

-Una bobada, una niñería, algo sin importancia que ni siquiera comprendo que es.

-Sí, sí, pero ¿qué bobada? ¿Qué niñería?

-*“Las margaritas no sonríen en otoño”*.

-Perdona hija, ¿qué has dicho?, te importaría repetirlo.

Ahora eran mis padres los que estaban sorprendidos, tanto como yo. Esto ayudó a que la inseguridad me dominara por completo, solo me faltaba ya desmallarme, los escalofríos recorrían mi cuerpo como si estuviesen en su casa. No, no estaba bien,

estaba mal, muy asustada, no podía quitarme de la mente esa voz, esa voz con ese tono y timbre tan característico, nunca había escuchado una voz similar.

-Sí, os repito que ha sido una memez, una tontería, algo sin importancia: *Las margaritas no sonrían en otoño*. Eso es lo que me ha parecido escuchar.

Como si hubiese dicho algo terrible, inesperado, mi madre palideció, ambos, papá y mamá, se miraron uno a otro. Mi madre se aferró a mi padre, estaba muy pálida, le temblaban las manos. Mi padre más fuerte la abrazó. Yo, en esos momentos, me asusté, si aún era posible todavía más de lo que estaba; mi padre lo notó.

-¿Qué pasa?, ¿qué he dicho de raro para que mamá se ponga así?

-No te preocupes hija, tu madre, es natural, se asusta de que oigas una voz rara, nada más, aunque bien es cierto que estás en época de exámenes. ¡Vamos amor mío, no te preocupes!

-Roberto -dijo mi madre aferrándose a mi padre como una niña-, Roberto.

-Vamos Carolina, sobreponete, yo estoy aquí, siempre estoy aquí.

Miré a mi padre, en esos momentos tenía la sensación que era una persona muy diferente a la que hasta ahora había conocido, parecía otro. Con una calma que ni mi madre ni yo teníamos, mi padre intentó poner paz, tranquilidad. Siguió cenando como si no hubiese pasado nada. Reconozco que esta actitud de mi padre me dio paz, tranquilidad, seguridad. Él lo notó y me sonrió, nunca había visto una sonrisa así en mi padre, no parecía él, era como si algo mágico nos envolviese. Yo le miré extrañada, no parecía en esos momentos el hombre, el padre que yo conocía, era como diferente, comía tan tranquilo, como si nada hubiese pasado.

Mi madre también logró sobreponerse, mi padre había ejercido sobre ella como una magia. No estaba de acuerdo con la tranquilidad de mi padre, ni con los nervios de mi madre, y no estaba de acuerdo, porque entonces yo no estaba de acuerdo con nada, ni conmigo misma, sin embargo mi padre logró poner paz, devolver la normalidad a la vida familiar.

Poco a poco los minutos fueron pasando. La cena terminó, recogí la mesa, puse el lavavajillas, hice la cocina y me retiré a mi cuarto.

Había sido un muy mal trago lo que me había pasado, quizás había sido debido a algún eco, a alguna bobada en la que en esos momentos no caía en la cuenta, aunque bien era cierto que la voz que había oído tenía un tono claro y hasta diría muy característico e imposible de describir con palabras, habría que oírlo para conocerlo.

Me dirigí a mi cuarto, no tenía ganas de más convivencia con nadie. ¡Qué sorpresa! Tenía un mensaje en mi móvil, era Máximo, el monstruo del que mi madre me prevenía durante la cena. Me invitaba a salir por la mañana con él. Le puse un mensaje excusándome, en el que le decía que tenía examen de mates. Otro mensaje

destruyó todas mis defensas, el plan que me proponía era genial. No podía decir que no. Acepté, haría pellas, estaba decididísimo. Cogí un libro, y más contenta que unas castañuelas, me tumbé en mi cama. Tomé la decisión de no confiar en nadie, de estas pellas sólo me enteraría yo, y nadie más.

Pasado un rato cogí un libro y me puse a leer tumbada en mi cama. Los ojos se me cerraban de sueño, estaba agotada. Poco después me dormí. Las horas pasaron rápidas en la nube del sueño tan profundo que tuve.

Al día siguiente me levanté totalmente descansada. Hacía un día precioso y estaba de un excelente humor, cosa que despistó por completo a mis padres de lo que verdaderamente iba a llenar mi día, esto es, es planazo con Máximo.

La verdad es que no estaba totalmente convencida de que todo iba a salir bordado, no sé por qué pero tenía mis reparos, estaba colada por Máximo, pero ciertamente apenas le conocía.

Como negros nubarrones que se levantan para descargar una buena tormenta, lo mismo pasó aquél día. Máximo intentó sobrepasarse. Al principio intenté esquivarle, pero no era fácil de esquivar a una persona como él. Tan pesado se puso que no me quedó más remedio que cabrearme y rechazarle abiertamente. Eso fue lo que detonó en él una actitud grosera y violenta. Le hice llegar como pude que no quería nada de todo eso, que le quería a él, que no me importaba que me besase, todo lo contrario, lo estaba deseando, pero nada más.

Como un poseso, totalmente fuera de sí, me propinó tal bofetada que de milagro no me desmayé. Después de aquello me temí lo peor, no parecía él, aunque tuve suerte, no fue más allá de lo que le había permitido, aunque en mi rostro quedaba grabada su brutalidad. Hubo un momento, que pareciendo arrepentido, me pidió disculpas, aunque yo sabía que era una nueva estratagema para conseguir su propósito. Le salió el tiro por la culata. Más tarde hablamos, yo le dije que se había pasado cuatro pueblos, que no volvería a salir con él. Al contrario de lo que esperaba, él cogió una actitud tranquila y pareció estar arrepentido. La hora de irnos se adelantó bastante. Aunque me dejó cerca de casa con la moto, yo no fui al Colegio, paseé, estaba muy aturdida, preocupada y dolorida. Tenía un ojo totalmente hinchado y un gran moratón en mi pómulo izquierdo. Tenía que pensar en lo que diría en casa. Se me ocurrió lo del atraco, no tenía otra idea mejor.

Cuando mi madre me vio, se llevó un disgusto monumental. Mi padre, como siempre me creía, me llevó a una comisaría y puso una denuncia. El policía que nos atendió pareció mirarme, no sé por qué pero estaba segura de que él sabía que todo era un camelo mío. De vuelta a casa mi padre y yo hablamos. Él no parecía preocupado. Por segunda vez mi padre me desconcertó, estaba tan tranquilo. ¡Increíble!

## **LAS MARGARITAS SÍ SONRIÉN EN OTOÑO**

Al día siguiente, después de disfrutar, entre comillas, del plan que me había propuesto Máximo...

-Te dije que es un animal, te ha pegado y como no led ejes te hará mucho daño; a Marta casi la mata, sus padres se creyeron el cuento de que la habían atracado y que, como no llevaba nada, la habían pegado. Pregúntala a ella. Además, que les va a decir a tus padres.

-Les he dicho lo mismo que Marta, y por tu bien, no se te ocurra desmentirme, de lo contrario nos veremos las caras muy seriamente.

-Hija, tampoco te pongas así, somos amigas, pero de veras que en estos momentos no sé quién eres.

Isabel miró a su amiga, la pidió disculpas.

-Mi problema es que me he enamorado de ese, como tú dices, animal.

-No eres la primera, Máximo es rabiosamente guapo, sin embargo la factura es demasiado alta, déjale, esquívale y nunca, nunca cedas a sus pretensiones, tú ya me entiendes.

-Por qué te crees que me hemos terminado así, hay cosas que tengo muy claras.

-Ten cuidado, no te confíes, mayores murallas han caído con una y otra arremetidas de eso cerdo.

-¡No te consiento que le insultes! al menos en mi presencia, además todo lo que se dice por ahí son bulos, la mayor parte son invenciones, te lo digo yo.

-Está bien Isabel, hazme caso, cuéntaselo todo a tus padres y que ellos te ayuden, de lo contrario te vas a meter en un buen lío.

-¡Pero qué dices chalada! ¡Cómo se lo voy a contar a mis padres! Mi papaíto está todo el día con su dolor de la pierna y creo que en su vida haya hecho frente a algo, o alguien como él, Máximo se lo comería, yo no quiero ver eso jamás. A veces pienso que mi padre más que un hombre es un pelele. Y mi madre es tan delicada que se desmallaría. En una palabra, no sabrían por donde coger el tema. Además no quiero que se metan, Máximo es mi decisión, y no voy a dejarla pasar.

-Pues ya puedes decidir bien, te va mucho en ello Isabel. Eres muy dura, yo nunca hablaría así de mis padres.



-Tu no puedes hablar, tu padre es un número uno y tu madre es la voz cantante del círculo de madres de éste colegio.

-Eso no tiene absolutamente nada que ver, todas las familias tienen una buena montaña de trapos sucios que lavar, y esos nunca salen de casa, ni nadie los ve, ni se sabe que existan, sólo los de casa. Lo importante es lavarlos dentro de la familia.

Isabel miró a su amiga, sabía que tenía razón, que ese camino que deseaba emprender, era incierto, oscuro, e intuía que lleno de dolor. Pero ella le quería y él, de una forma u otra, la correspondía. En el fondo su corazón albergaba la esperanza de que ella le pudiera cambiar, junto a ella, ese animal, daría otro rumbo a su vida, estaba casi segura de ello. Máximo tenía bruscos cambios de temperamento, pasaba de estar tranquilo, a ponerse como una fiera. Cuando estaba sosegado, era maravilloso estar con él, pero cuando le cogía la vena mala, era insoportable, malo, un bestia y, cuando esto ocurría, era mejor desaparecer, dejarle solo.

Salí del colegio y me fui a casa. En el camino vi algo que me preocupó, pero que a la vez me alegró. Era máximo, me esperaba apoyado en su moto. Tenía su casco agarrado con su mano derecha, había llegado en esos momentos. Nada más me acerqué a él, me abordó con fuerza.

-Perdona nena, yo no quería portarme mal. Venga, lo intentaremos otro día, aunque me tienes que prometer que pondrás algo más de tu parte.

-Déjame Máximo, eres un animal, déjame o se lo diré a mi padre.

-A tu papá, pero no me dijiste que era un pelele, que estaba todo el día malito.

-No te consiento que hables así.

-Anda, venga, no seas dura, mañana es viernes, viernes noche, podemos ir a la playa, los colegas van a montar una fogata, tomaremos algo, oiremos música.

Otra vez el plan era de lo mejorcito, Isabel no pudo rechazarlo, no tenía fuerzas para rechazarlo.

-Pero, para llegar a ese paraíso, tienes que portarte bien, tienes que traerte unas amigas, pero nenas que no tengan miedo a la vasca.

-Está bien, pero tienes que prometerme que intentarás cambiar. Máximo, yo sé que eres bueno, que dentro de ti se encuentra el hombre que yo amo. Sin embargo, ahora hay algo en ti, en tus ojos, que me produce escalofríos. Yo te quiero, pero hay veces, sobre todo cuando te enfadas, que me das miedo, que no sé quién eres.

Máximo miró fijamente a los ojos a Isabel, verdaderamente era un muchacho muy atractivo, rodeó su cintura con su fortísimo brazo y la atrajo hacia él. La besó con vehemencia, con pasión. Ella se dejó hacer, era en esos momentos cuando llegaba a

olvidar todo, la parecía salir de éste mundo. Pasados unos minutos él la dejó, tenía que irse.

-No tengas miedo a nada cuando estés conmigo Isabel, yo no sé de lo que me hablas, todo eso son tonterías, bobadas. Adiós nena, ya sabes, mañana te espero aquí a los cinco y media, invéntate algo para contarles a tus viejos, arréglatelas como puedas, pero no falles.

Dicho esto, Máximo se puso el casco, arrancó su moto, y después de hacer un gesto de adiós con los dedos de su mano derecha, se fue.

Isabel se encaminó hacia su casa. Nada más entrar notó un fuerte olor a horno, su madre debía de estar asando algo. Tenía un hambre tremenda. Mi madre, nada más verme, sacó lo de mis moratones, era superior a ella.

-¡Por el amor de Dios Isabel!, hija tú sabes que no nos has dicho la verdad. Hija mía, estoy muy preocupada.

-¿Es que no me crees?

-Ni te creo, ni te dejo de creer, pero debes contarme a mí y a tu padre la verdad siempre.

-Mamá por favor, a papá todo esto le quedaría grande, es por demás enclenque, le pondría en una situación, para él, límite.

-Juzgas muy mal a tu padre jobencita. Tu padre es el hombre más valiente y fuerte que yo he conocido. No hay situación que le supere.

-Me parece que no hablamos del mismo hombre. Mamá, despierta por favor, papá en el fondo es un lisiado, está todo el día con el dolor de su pierna.

-Sí hija, pero eso no le impide trabajar y además en una profesión como la suya, es muy dura la profesión de tu padre.

-Ya basta, si no me creéis me iré de casa, estoy harta de vosotros, de vuestra incredulidad respecto a mí.

-Y ¿con quién te irías? Con el chico que te ha pegado, que hoy te coge y mañana te desechará como un trapo usado.

-No eres nadie, ni tienes derecho a juzgar a nadie, y menos al chico que me gusta.

La conversación había subido por demás de tono. Me retiré dando un portazo. Mi madre permaneció en la cocina llorando amargamente. Sonó el teléfono, era mi padre. Contestó mi madre.

-Soy yo amor mío.

-Hola Roberto, ¿qué ocurre, por qué me llamas?

-Ha habido un problema, no podré llegar a casa hasta mañana.

- Pues ¿qué es lo que ocurre?

-Está cortado el puerto por un derrumbe, la guardia civil nos ha aconsejado pernoctar, la carretera está totalmente helada y cubierta de nieve, las máquinas no pueden llegar hasta aquí, cada vez nieva más. Estamos en un valle, no hay más salida por carretera que por el que hemos venido, es caótico.

Carolina cerró los ojos angustiada por la situación con su hija, hoy era el día que más necesitaba a su marido junto a ella.

-¿Te pasa algo cariño? Te noto rara.

-No, nada, es que había hecho una lubina al horno, el humo me hace llorar. Estate tranquilo.

-Pues dejadme algo para mañana, intentaré llegar lo antes posible, tenemos la intención de salir a primera hora, la guardia civil no nos ha asegurado nada, pero esperamos que las máquinas van a estar funcionando toda la noche. Carolina, ha llegado Isabel del colegio?

-Sí, ¿qué deseas?

-Dila que se ponga un momento, tengo algo que decirle.

Carolina fue hasta el cuarto de su hija, abrió la puerta.

-Tú padre quiere decirte algo, ponte al teléfono.

-No entiendo -repuso Isabel dibujando una mueca de incredulidad en su rostro y acentuándola mientras torcía cómicamente los labios-, ya me lo dirá cuando venga.

-Tú padre se ha quedado incomunicado, él y dos compañeros más, por un temporal de nieve, hasta mañana no puede venir.

Recibí la noticia con satisfacción, esto me dejaba vía libre para mis proyectos.

Fui hasta el teléfono, tuve que retirarse mis largos cabellos de la cabeza con los dedos para poder poner el auricular en mi oreja y escuchar.

-Hola papá, soy yo, Isabel, ¿qué quieres?

-Escúchame atentamente hija mía, pero muy atentamente, y no olvides lo que te voy a decir, es muy importante, muy, muy importante que lo retengas en tu cabeza.

-Por favor papá, no te pongas misterioso y dime de qué se trata, sabes que no me gustan los misterios.

-Hija mía, Isabel mía, *las margaritas sí sonríen en otoño*.

Isabel dio un respingo tal, al oír lo que su padre la decía, que se le calló el bolígrafo que llevaba en las manos. Reaccionó inmediatamente.

-¡Oye papá, eso no ha tenido ninguna gracia, me oyes, pero que ninguna gracia!

El otro lado de la línea nadie respondía.

-¿Me oyes papá? papá, papá...

Nadie respondía, se había cortado la comunicación.

Isabel se quedó muy turbada, la comenzó a preocupar el porqué su padre había dicho esa frase. Se fue a su cuarto. Poco a poco lo pensó, pero ¡que porras! mejor para ella, tendría más tiempo mañana y estaría más libre, menos vigilada. Intentó borrar el suceso de su mente. Su madre llamó a la puerta.

-Cenamos en diez minutos, pon la mesa.

Pasado un rato se encontraba frente a frente con su madre. Carolina no se cohibía ni un ápice cuando tenía que decir algo a su hija, y menos en unos momentos como esos.

-Mañana te quiero pronto en casa, voy a ir a buscarte al colegio.

Estas palabras fueron recibidas por Isabel como nitroglicerina pura en su sangre, nada la podía sentar peor que lo que terminaba de escuchar de los mismos labios de su madre. Decidió pasar al contraataque.

-Mañana tengo plan por la tarde.

-¿De qué se trata?

-Vamos a ir a casa de Marina a estudiar y pasar la tarde.

Marina era una compañera de Isabel, su madre era de las pocas que Carolina no conocía, nunca aparecía por el colegio, no se daba el trato. Pero Marina era un fichaje seguro para la noche del viernes.

-Comprendo. De todas formas iré y yo misma te acompañaré a casa de Marina.

-No comprendo esta actitud tuya, ¿es que desconfías de mí?

-Ni confío, ni dejo de desconfiar, lo que ocurre es que me duele en el alma el moratón que tienes en tu rostro.

-Mamá, por favor, ha sido un...

-Cállate, no me mientas más, ha sido ese chico, y esto no va a ocurrir, tu padre no está pero yo sí.

-Bueno, bueno, papá... -repuso Isabel con algo de sorna-

-Crees que papá no puede poner freno esto, de plantar cara al cobarde de tu amigo.

-Mamá, prefiero dejar esta conversación, mañana tengo examen y tengo que repasar.

Carolina pareció resignarse, sabía que no podía hacer más, ni ir más allá con su hija. Quiso llorar, pero bien sabía que no era el momento de blandenguerías, su hija, ahora más que nunca, la tenía que ver entera, de una pieza, fuerte, firme, de lo contrario esa partida estaría perdida desde su comienzo.

-Esta bien hija, retírate a estudiar, yo me encargo de recoger la mesa.

Isabel se levantó y fue hasta su habitación. Nada más entrar comprobó en el ordenador que Marina estaba conectada. ¡Que suerte! Isabel puso al día a su amiga del plan del día siguiente, de lo ocurrido, de los planes de su madre con respecto a ella. Marina enloqueció de alegría con la posibilidad de un plan como ese, los amigos de Máximo estaban buenísimos y se sabía muy bien que ninguno de ellos era como él, eran más normales. Al decirle Isabel que Máximo era suyo, Marina vio el cielo abierto, ya tenía hecho el fichaje, Máximo le daba igual.

-Y qué hacemos con mi madre.

-Vendremos a casa y cuando se valla nos iremos, avisa a Máximo.

-Pero va a venir a buscarme por la noche.

-No te preocupes, dejaremos un mensaje a mi madre de que nos hemos ido al cine.

-Pero me la voy a cargar.

-No creo que te digan nada por ir al cine.

-Genial, no vendremos muy tarde y a la vuelta llamo a mi madre para que me recoja. Avisa a las demás del grupo para ver quién se apunta, yo no puedo esta noche, tengo a mi madre encima de mí, elige bien, que sean de mucha confianza, me juego mucho.

-Tranquila tía, déjame a mi.

-Hasta mañana pues, ponme un mensaje de que todo está arreglado.

-Vale, buenas noches.

Isabel fue hasta el armario, sacó su pijama, se lo puso y decidió meterse en la cama; leería un libro, no tenía ganas de otra cosa. Antes de acostarse hizo un rápido repaso de la tarea del día siguiente. Eso no era problema. Desde que inició sus estudios,

el aprendizaje era algo innato en ella. Lo que a otra compañera suya la llevaba horas aprender y asimilar, a ella, por el contrario, en pocos minutos lo asimilaba y aprendía. Tenía una capacidad sintética y una memoria prodigiosa. Pero ella nunca había hablado a nadie de esta cualidad suya. Sus calificaciones guardaban una línea continua de notables y sobresalientes. Bien es cierto que suspendía de vez en cuando algún parcial o algún examen importante para pasar inadvertida, pero en la recuperación lo levantaba sin el menor esfuerzo. De ella se podía decir, que ella misma era su mejor chuleta para chuleta.

Al día siguiente tenía examen de historia universal. Cogió el libro entre sus manos y dio un rápido repaso a la lección. Estaba asimilado, sacaría un notable. Poco a poco sus ojos se fueron nublando, estaba rendida, el día había sido agotador, entró en el más profundo de los sueños. Sin embargo algo la sobresaltó, e hizo que se despertara de improviso.

-Ah, eres tu mamá, me has asustado.

Isabel todavía estaba en un estado de casi somnolencia el cual no la dejaba ser ella misma al cien por cien, o quizás por el contrario, sí hacía que fuera ella misma.

-Lo siento hija, es muy tarde, te has quedado dormida con la luz encendida.

-Estoy muy cansada y quiero dormir.

-Está bien cielo, duérmete, descansa, mañana será un día duro.

-Por qué dices que será un día duro.

-Tienes examen hija. Isabel, ¿quieres decirme algo?

Medio dormida, y balbuceando las palabras más que pronunciándolas, Isabel dijo algo que dejó perpleja a su madre: no te preocupes mamá, *las margaritas sí sonríen en otoño*.

Carolina la dio vuelco el corazón ante esas palabras, pero no dijo nada a Isabel. Apagó la luz y se retiró a su cuarto, echaba intensamente de menos a su marido, sabía que mañana iba a ser un día complicado, tenía la esperanza de que Roberto llegara en la mañana, pronto, aunque tenía el temor fundado de que eso quizás no podría ser, había leído en la noticias que el temporal había sido peor de lo que se esperaba. Decidió también retirarse a descansar, también estaba muy cansada, también no tardó en conciliar el sueño.

\* \* \*

A la mañana siguiente los nervios y la tensión del día anterior se hicieron notar, sobre todo en Carolina, estaba muy preocupada, intuía algo, pero no sabía bien de qué se trataba. Madre e hija desayunaron aparentemente en un clima de tranquilidad. Fue Carolina, que habiéndose acercado hasta la ventana del comedor, extrañada dijo:

-Isabel acércate aquí, a mi lado.

-¿Qué pasa mamá? tengo prisa, el examen es a primera hora.

-Hija, mira ahí fuera, conoces a ese chico.

Isabel se acercó y miró con verdadero interés al joven, que apoyado en una flamante moto, y con el casco colocado en su brazo, parecía esperar algo, o a alguien.

-Es Alejandro.

-¿Le conoces?

-Claro, es amigo mío, aunque antes lo era de Ricardo, era su mejor amigo. Lo que no entiendo es que hace ahí.

Ricardo era el hermano de Isabel que murió en un accidente hacía ya dos años. La pérdida fue terrible para todos, Isabel estaba muy unida a él. El muchacho que esperaba fuera había sido su mejor amigo.

-Es obvio que parece esperarte.

-Mamá, sé lo que estás pensando, Alejandro es un muchacho diferente a todos. Cierto es que todas mis amigas darían el curso por salir con él, pero ninguna parece gustarle, es muy raro, pasa de todas, y como él tosa su vasca.

-Entonces, ¿por qué viene a aquí, a estas horas?

-No lo sé mamá.

Carolina titubeó un momento.

Isabel abrió la ventana de la casa, le llamó, él levanto su brazo y sonrió, hizo ademán de que la esperaba.

-Mamá, sino te importa desayuno y me voy con él, le pediré que me acerque al cole.

-Bien hija, te espero a la hora de comer, no te retrases.

-¿Hay noticias de papá?

-Me ha llamado esta mañana muy temprano, vendrá lo antes posible.

Carolina ocultó a su hija que Roberto continuaba completamente incomunicado.

-Está bien, adiós mamá.

Isabel se puso una prenda de abrigo, rodeó su cuello con un pañuelo y salió de la casa. Fue directamente hasta donde estaba Alejandro esperándola.

-Hola Alex, ¿a qué se debe esta visita tuya?

-Hola Isabel, vengo a hablar contigo, ¿tienes un minuto?

-Claro, dime...

-Isabel, sé que has quedado con Máximo esta noche, que vais a ir a la playa.

-¿Cómo te has enterado?

-Estas cosas vuelan, han querido invitar a alguno de mis amigos.

-Estoy un poco desconcertada, ¿para esto has venido a verme?

-No. Sé que Máximo te va a preparar esta noche para que mañana sábado te escapes con él al apartamento que tiene su padre en Costa Oeste.

-No comprendo, además ¿cómo te has enterado?, continúo perpleja

-Máximo es malo, es un perverso, hoy te va a agasajar, mañana espera conseguir de ti todo, y todo es todo. Mira Isabel, a Máximo no se le puede decir que no, si cedes a sus pretensiones, conseguirá lo que desea o por la buenas o por las malas, pero lo conseguirá. ¿Me he explicado?

Isabel se puso roja como un tomate. Carolina veía la escena desde la ventana de la casa sin hacerse notar, no sabía que pensar, aunque había algo en ese muchacho que le agradaba, le inspiraba confianza, amén de que era verdaderamente apuesto.

-No creo que debas meterte tú y tus amigos en mi vida Alex, yo no lo haría.

-Yo era el mejor amigo de Ricardo, nos queríamos como uña y carne, éramos dos almas gemelas, no quisiera verte en manos de ese capullo. Si Ricardo estuviera aquí, quizás lo está, le pegaría una paliza a Máximo por lo que te hizo y por lo que pretende.

-Oye Alex, es mi novio y le quiero...

-Máximo es un degenerado, un loco, sólo busca su satisfacción y una vez que la haya conseguido, te tirará como una bayeta usada. Por el contrario, si no lo consigue, entonces se convierte en un elemento peligroso, está sujeto a unos bruscos cambios de actitud, no se puede saber de lo que es capaz de hacer ante un rechazo, acuérdate de tu amiga, la pegó una paliza y eso que ya había conseguido de ella mucho.

-¿Tú temes a Máximo?

-Isabel, esas cosas ni me las planteo, así como ese payaso ni se plantea siquiera acercarse a mí, es un cobarde y como buen cobarde sabe donde no acercarse para no quemarse. Con todo te digo que si me necesitas, me tienes, sólo tienes que pedirlo. Bien es cierto que te aconsejaría que contaras a tus padres esto, aunque veo que sería inútil.

Isabel suspiró profundamente, no más.



-Mira Alex, por Ricardo, por vuestra amistad, vamos a dejar esta conversación, yo la olvidaré, será lo mejor; te pido que pares y que no te metas en mi vida, es mía y sólo yo decido como vivirla.

-Está bien, ¿quieres que te lleve al cole?

Isabel miró a aquél joven, era verdaderamente atractivo, rubio, ojos muy azules, muy fuerte. Isabel aceptó con agrado.

-Cuando mis amigas me vean llegar contigo van a flipar, sabes que gustas a más de una, aunque estaría mejor decir que gustas a casi todas.

Alejandro sonrió, dedicó a Isabel una bellísima sonrisa.

-Anda, ponte el casco, yo no lo llevaré, aunque creo que tú tienes la cabeza más dura que yo.

Isabel golpeó en broma al muchacho, éste arrancó la moto y la hizo ademán de que se agarrara. Carolina los vio alejarse por la calle arriba en dirección al Colegio. Allí, un poco antes de llegar, algo apartado, esperaba Máximo a Isabel, iba acompañado de sus dos inseparables. Cuando Máximo vio llegar la moto de Alejandro, al que conocía bien, expresó una mueca medio de asco y desprecio. Todavía no había reconocido a Isabel, pues esta llevaba el casco puesto y aún no se lo había quitado. Pero una vez que Isabel que se lo quitó, fue tal la rabia y la sorpresa que sintió en su corazón, que se acercó hasta ellos con aspecto algo agresivo. Algunas compañeras de Isabel se percataron de lo que se cocía y presenciaban la escena llenas de medio, emoción e incertidumbre.

-Isabel, ¿qué haces con éste?

Alejandro se volvió hacia Máximo que pareció titubear, con Alejandro no se jugaba ni había medias tintas, aunque era tal su rabia que se medio enfrentó a él.

-Es mi novia, tú no pintas nada aquí, lárgate payaso.

Isabel intentó poner paz, se avecinaba tormenta, había sido una mala idea por su parte ir al colegio con Alex.

-Es cierto, soy tu novia, pero también él era el mejor amigo de mi hermano y por lo tanto mío.

Máximo, al oír estas palabras ensombreció el rostro, nadie sabía lo que se le podía pasar por su cabeza en unos momentos como esos. Alejandro se percató de ello, decidió retirarse, esperaba a Máximo algo retirado, tendría unas palabras con él.

Isabel intercambió unas palabras con Máximo y entró en el Colegio, sus compañeras la arrojaron. Nada más y nada menos que viene en moto con Alejandro, el sueño de cualquiera de ellas, y queda con Máximo, Isabel era la chica más afortunada

del Colegio y cualquiera de ellas daría lo que fuera por ser su amiga y así compartir sus planes.

\* \* \*

El día había transcurrido tal y como se esperaba, Isabel se había salido con la suya, lo habían pasado genial.

-Ha sido una pasada tía, vaya vasca buena, primero vienes con Alejandro y luego hablas con Máximo. Máximo ha estado encantador, me has dado una envidia. Pero te noto triste, ¿qué te pasa?

-Nada, estoy cansada y preocupada de lo que le voy a decir a mi madre.

-Pues que hemos estado en el cine, en eso hemos quedado. A ti te pasa algo maja, a mí no me la das.

Isabel titubeó, no sabía si abrirse con su amiga. Se aventuró, necesitaba compartir con alguien todo el tema, de lo contrario podría explotar.

-Máximo me ha invitado mañana a pasar el fin de semana en Costa Oeste.

La amiga de Isabel exhaló un grito de sorpresa y un tanto estridente.

-Madre mía, que suerte tienes tía, me cambiaba por ti ahora mismo.

-¿Tú crees que tengo suerte?

-¿Lo dudas?

Fue en esos momentos, envalentonada por la actitud de su amiga, en los que Isabel decidió aceptar definitivamente la invitación de Máximo, aunque no podía impedir que la preocupación por lo que Alejandro la había dicho, la advertencia tan seria y desinteresada que la hiciera esa misma mañana en la puerta de su casa.

Poco tiempo después su madre llamaba a la puerta de la casa en la que esperaba. La reacción de su madre no era la que Isabel se había esperado, una condescendencia obligada por el apoyo de la Madre de Marina había sido definitiva, aunque tampoco la madre de Marina se había enterado de nada, había llegado de hacer compras unos minutos antes. Todo había salido bordado.

Fueron a casa. A Isabel la embargó una duda que la escocía como una quemadura, no pudo impedir el preguntar a su madre:

-Oye mamá, ¿por casualidad has visto a Alejandro?

Desde esos momentos Carolina supo que algo malo, muy grave se cernía sobre su hija, su semblante adoptó unos rasgos severos y duros fruto de la angustia y la preocupación que la embargaban. Cuando llegaron a casa Isabel la abordó casi con descaro y como arremetiendo con fuerza.

-Mañana tengo plan con Marina, me levantaré pronto y te ayudaré en la limpieza, luego, si no te importa me iré.

-¿A dónde vais? ¿Con quién vais?

-Vamos a estar cerca de aquí, en El Ártico.

El Ártico era un centro comercial bastante grande que se encontraba cerca de donde vivían. La excusa era perfecta, pues decir que iban allí, era como decir a su madre que se iban al Amazonas; buscarla y encontrarla sería totalmente imposible.

-Está bien señorita, pero te quiero en casa pronto y quiero que te lleves el móvil y obligatoriamente operativo.

-Esto no la importó, la simple excusa de que se le había olvidado cargarlo, o conectarlo, sería más que suficiente, estaba tranquila a este respecto.

-¿Qué sabes de Papá?

-Por lo visto iban a intentar abrir el puerto hoy, si no lo abrían su jefe los sacaría aunque tuviese que ser en helicóptero. Pero sea lo que sea, hoy papá no estará aquí, y no sé a qué hora, o si llegará por la mañana, por la tarde o por la noche, lo que sí sé es que llegará.

-Tengo mucho sueño, vamos a tomar algo y a dormir, estoy muy cansada.

-¿Qué quieres cenar?, preparó una ensalada para las dos.

-Vale.

Todo transcurrió tranquilo, cenaron, y cada una se retiró a su habitación. Su madre, angustiada, tuvo la imperiosa necesidad y la obligación de intentar volver a hablar con ella. Tenía una sensación, como un mal presentimiento, algo que quizás sólo una madre podía notar cuando un hijo suyo estaba en peligro. Pero Isabel negó toda implicación en una trama urdida por mentiras para sacar a flote sus planes, incluso tuvo el cinismo de intentar tranquilizar a su madre arguyendo que todo eran suposiciones suyas, imaginaciones sin fundamento, que tenía que estar tranquila.

Una vez en su cuarto, se puso el pijama, se lavó los dientes, cogió como siempre su libro, y atenuando un poco la luz de la habitación al atraer la lamparilla hacia ella, se puso a leer acostada.

Pasados unos minutos el libro resbaló entre sus dedos, se había quedado profundamente dormida.

Pero a eso de las tres de la madrugada, estando ella profundamente dormida, algo la despertó de forma violenta y súbita. Unos fortísimos golpes en la puerta de su habitación indicaban que alguien la avisaba, o que alguien quería entrar.

Gritó sobresaltada preguntando qué ocurría, qué pasaba. Una voz profunda y gutural de hombre gritó que quería entrar, que se preparase y que si no habría ella misma, pasaría de todas formas.

Isabel estaba aterrorizada, comenzó a llamar a sus padres a voz en grito loca de miedo, pero nadie contestaba, era como si estuviese sola con esa bestia que intentaba entrar en su habitación por motivos que desconocía.

-Tu madre está dormida y no te oye, y tu padre está fuera, por eso, porque tu padre está ausente, estoy yo aquí.

-Quién eres? ¿Qué es lo que quieres?

Un fortísimo golpe terminó de hacer ceder la cerradura de la puerta de su habitación, esta se abrió de golpe. Bajo el marco superior de la puerta se vislumbró la figura de un ser, de un hombre, que sólo contemplar infundía pavor. Isabel pegó tal grito que el solo escucharlo erizaba los pelos. Sentada en su cama, hecha un ovillo, temblaba todo su cuerpo como un flan en un plato y en manos de un loco. Sus dientes la castañeteaban como huesecillos sueltos en un frasco de cristal.

El personaje se acercó hasta ella y asiéndola de un brazo la sacó de la cama.

-Te aconsejo que no te tranquilices, harías bien en no tranquilizarte, pues estás en un serio peligro, te puedo decir que hasta en peligro de muerte.

Esto último fue lo que definitivamente hizo que Isabel se quisiera desmallar, aunque no sabía por qué, no podía, se encontraba perfectamente lúcida.

-¿Me vas a matar? ¿Quién eres? ¿De qué me conoces? -repuso Isabel llorando amargamente y como suplicando una respuesta.

El personaje era muy extraño, parecía no tener rostro, una sombra oscura eclipsaba su faz la cual se suponía dentro de una capucha, que a su vez era la parte superior de un manto que envolvía todo su cuerpo. Isabel no sabía el motivo, pero cada vez que este ser hablaba, ella temblaba de terror y miedo.

-He sido enviado a ti -repuso el personaje- para anunciarte tu futuro y presentarte el pasado que atañe a éste futuro. ¿Cómo prefieres que te presente tu futuro, con mis palabras, o que, por el contrario, asistas a él y lo contemples tu misma?

Isabel pareció dudar. Esto era de locos, tenía que estar soñando, aunque tenía la certeza de que aquello no era un sueño. No podía pronunciar una sola palabra, tenía sus mandíbulas como bloqueadas. Únicamente podía respirar, y fatigosamente.

-Mira, haré un pacto contigo, yo te preguntaré la forma en que te mostraré lo que has de ver y tu asistirás a ello en silencio y con compostura, yo a mi vez, responderé fielmente a todas las preguntas que me hagas. Te lo repito, ¿cómo deseas ver tu futuro inmediato?

Sin pensárselo dos veces, Isabel respondió que no sabía, la estremecía el saber lo que la podía pasar. Además, estaba convencida de que se iba a despertar de un momento a otro. Pero algo la convenció definitivamente de que eso no iba a ocurrir, de repente vio como el personaje la aferraba fuertemente de sus muñecas y la levantaba en el aire. Isabel supo en esos momentos que estaba completamente lúcida. Por lo que optó en no oponer más resistencia, todo lo que estaba ocurriendo, la desbordaba con mucho, quedó como sin sentido y así, como muerta calló en la alfombra de su habitación, aún de que por la altura, el golpe no la hizo ni el menor daño. Tuvo obligatoriamente que reaccionar, no quería estar nuevamente en el aire.

-Sólo dime una cosa, las cosas que me vas a presentar de mi futuro, van a pasar irremisiblemente o por el contrario son las que podrían llegar a pasar.

-Tu futuro está en tus manos, tus acciones hasta ahora te llevan en línea recta a esto que te vengo a presentar. Este es tu futuro inmediato niña boba de continuar tal tus obras, lo comprenderás por ti misma.

Isabel pareció dudar, pensó que no era el momento de tomar ninguna decisión, y memos en el estado en que se encontraba y con aquél ser tan horrible a su lado, el solo contemplarle le erizaba los pelos y la producía pavor. Se decidió por lo segundo, la voz de aquél ser la producía frío y miedo, además, si era su futuro prefería verlo, de lo contrario podría ser un engaño.

-Prefiero que me lo enseñes, aunque de inmediato me despertaré de esta pesadilla y me olvidaré de todo esto.

-Esto no es una pesadilla niña boba, ni tampoco un sueño. Estás despierta, bien despierta. Ya lo verás, mira esto.

El ser extendió su mano. Ante Isabel se abrió como una pantalla de televisión gigante en la que podía ver, oír, oler, sentir; asistía como mera espectadora a lo que ahí estaba ocurriendo, no podía intervenir de ninguna forma. La escena que presenció la conmovió terriblemente. Ella estaba en una casa que no conocía, aunque sabía que era Costa Oeste. Discutía con Máximo, le imprecaba. Vio como él comenzaba a pegarla, a maltratarla de obra y palabra. Ella se defendía como podía, llegó a asestarle un golpe que le hizo daño. Fue cuando toda la furia de Máximo se desató. Comenzó a asestarla golpes y más golpes hasta que ensangrentada caía al suelo para esperar una muerte inmediata.

-Esto no puede ser, esto debe ser un sueño, no es una realidad.

El personaje toco con uno de sus dedos la frente de Isabel, esta al momento supo que lo que contemplaba en esos momentos es lo que iba a ocurrir ese mismo día. Vio como Máximo la recogía del suelo sin ninguna piedad y que la llevaba a su coche haciendo lo posible y lo imposible para que nadie le viera. Llevó su cuerpo hasta un lugar apartado y lo tiró en una cuneta. Luego volvió a la casa y ordenó todo cuidadosamente.

-Diré que nos enfadamos y que se fue sola, luego yo no sé más.

Isabel asistía a todo con su faz demudada. Sintió que la embargaba una sensación hasta ahora desconocida para ella. El miedo pareció retroceder ante la sorpresa de aquella visión. En aquél momento algo había cambiado en ella, un sincero y rotundo cambio había surgido en su forma de afrontar algo tan especial como lo que la estaba ocurriendo. El miedo, el temor por ese personaje que la hablaba y que, no sabía como, la enseñaba todo aquello, se había cambiado en respeto, un profundo y gran respeto.

No sabía que decir, estaba como colapsada, bloqueada. Nuevamente el ser extendió su mano y la escena desapareció. Volvía a estar en su habitación. El ser se dirigió nuevamente a ella y le preguntó:

-Tengo que enseñarte acontecimientos del pasado, tuyos y de los tuyos. ¿Cómo quieres que te los presente? Te digo que mis palabras serán como imágenes que se presenten en tu mente con una nitidez igualable a la que lograría tu mente y tus ojos.

-No, prefiero verlo, así como me has enseñado mi futuro, deseo ver mi pasado.

-Está bien, hemos de irnos, cógete a mi brazo, el viaje en este caso te puede hacer zozobrar, vamos a un lugar del tiempo en el que tu no eras todavía.

Isabel descansó su temblorosa mano sobre en antebrazo de aquél ser. Sin embargo había algo que la llamaba poderosamente la atención, y era el nombre de éste ser.

-Tú sabes mi nombre, me llamas Isabel como si me conocieras desde siempre, es lógico que también yo sepa tu nombre y quién eres.

El ser, que se disponía a extender su brazo para abrir ante ella los secretos del pasado, pareció recapacitar y quedó por unos instantes totalmente quieto, como atento a algo.

-Mi nombre es Coraí, ese es mi nombre, y soy quien sabes que soy.

-Está bien tu nombre, aunque no tengo ni idea de quién eres, es más, ni me lo imagino.

Coraí extendió su mano, nuevamente Isabel se sintió transportada a un lugar y un tiempo que no conocía. Vio un muchacho, muy atractivo y a una chica que le acompañaba. De repente apareció en escena su padre, muy joven, mucho más joven, estaba irreconocible. Isabel hizo a Coraí su primera pregunta, la primera de una larga lista que haría a lo largo de su viaje por el pasado.

-Es mi padre, no comprendo, está muy joven, ¿por qué me lo presentas?

-Ese no es tu padre, tu padre es aquél muchacho que va acompañado de esa chica.

Isabel dio un respingo, ella conocía a su padre y, aunque más joven, le podría identificar hasta con los ojos cerrados.

-No, ese no es tu padre, aunque aquél otro muchacho tampoco es tu padre todavía, sino que lo va a ser, tú todavía no has nacido.

Isabel calló, estaba, aparte de muy sorprendida, muy turbada. De repente sintió un profundo desasosiego ante la certeza de que este pasado suyo borraba el presente que ella conocía desde que tenía uso de razón. A continuación vio como el que hasta entonces creía que era su padre, Roberto, parecía intercambiar palabras con el que ahora era su padre y que sabía que se llamaba James.

-Algún día te ajustaré las cuentas, métete en tus asuntos.

-Escucha James, si vuelves a pegar a una amiga mía, yo mismo te daré una lección que jamás olvidarás. Virginia ven conmigo, este payaso sólo te buscará problemas, es un demente, un sádico, es malo.

James tuvo un arrebato de cólera, aunque se contuvo, Roberto era mucho Roberto, incluso para él . James era fuerte, muy atractivo y muy, pero que muy vengativo, aparte de traicionero, cualidades que Roberto conocía bien, pero que no temía. Virginia intervino.

-Por favor, dejadlo ya, parecéis chiquillos, y tú Roberto deja de inmiscuirte en mi vida.

Isabel se dirigió a Coraí para preguntarle: -¿quién es esta Marga, su rostro me es muy familiar? Coraí la contestó claramente e inmediatamente.

-Margarita es tu madre.

Fue tal el golpe emocional que Isabel sufrió en esos momentos que Coraí tuvo que asistirle para que no cayese.

-Entonces, mi madre, la que conozco como mi madre?

De improviso Isabel se encontró en una habitación dentro de una casa que no conocía. Lo que sí identificó al momento fue la foto de Roberto en la mesilla que había junto a la cama. Era su madre, buena la que ella había creído su madre hasta ahora. Algo le chocó, en la fotografía que había dentro del pequeño marco, Roberto, su padre, o el que hasta ahora ella había creído que era su padre.

Carolina entró en el cuarto, Isabel presenciaba la escena con inmenso interés, aparte de que la cortaba mucho presenciar la intimidad de la que hasta ahora había llamado madre y que ella ni siquiera se percatara de ello.

Vio que ella cogía la fotografía y sollozaba mientras apretaba contra su pecho la foto. Lloraba amargamente mientras repetía insistentemente: ¿porqué? ¿porqué? ¿porqué? Pasado un rato, de improviso vio que ella dejó de sollozar. Se incorporó y fue

hasta el armario. Se puso una cazadora de cuero negra y se recogió el pelo con una goma. Inmediatamente después fue hasta la puerta, apagó la luz del cuarto y se fue. Coraí la dijo...

-Fíjate en la prenda de cuero negro que lleva ella, la volverás a ver.

La escena había terminado. Isabel estaba muy desconcertada, muy abatida, aunque no estaba cansada. Le preguntó a Coraí que sería lo siguiente que tenía que ver, aunque ya, después de lo que había visto, dudaba que algo la pudiese impresionar más. Coraí la respondió.

-Ya veremos niña boba, ya veremos. Mira esto que se presenta ante ti.

Coraí volvió a extender su brazo, una escena un tanto peculiar se abrió ante ellos. Se encontraba en una especie de gimnasio, había un buen número de muchachos vestidos con trajes blancos y con cinturones de diferente color. Parecía haber una disputa. Un grupo de ellos comenzó a insultar a otro. De improviso se cruzaron golpes entre ambos grupos.

-Mira Coraí, ¿no es ese el que me has dicho que era mi padre?

-Sí, lo es, observa esto.

Si mediar palabra, James se colocó en medio del tatami, infundía miedo el mirarle, aunque hubo algunos incautos que cayeron en su invitación a enfrentarse a él. Uno tras otro fueron abatidos. El último logró encajar un golpe en su abdomen el cual hizo que James se doblara por el dolor. Su reacción no se hizo esperar. De forma salvaje abatió al muchacho. James parecía una fiera. Comenzó a propinarle una paliza que de continuar, su vida podría correr peligro. Nadie, después de la exhibición de fuerza que hizo, se atrevió a entrometerse.

Entro en la sala un instructor. Viendo la escena reaccionó inmediatamente. Intervino intentando librar al muchacho del yugo mortal que representaban para él los brazos de James. Pero éste, revolviéndose como una agilidad impresionante y abandonando su presa durante unos instantes, proporcionó tal golpe al fornido instructor que este retrocedió sin sentido, yendo a caer con su barbilla y cuello ensangrentados, por el brutal golpe que James le había propinado, contra un potro que se encontraba a unos metros de distancia.

Las peticiones y gritos de clemencia de todos los que estaban allí llegaron hasta el summun.

-Coraí, ¿éste es mi padre?

-Lo es jovencita.

-Es un bestia, un animal, infunde miedo, es un salvaje.

-Mira quién entra por ahí.



También vestido con traje blanco, aunque no llevaba ningún cinturón, entraba en la gigantesca pista del gimnasio un grupo de muchachos. Isabel reconoció inmediatamente a Roberto, al que hasta entonces había creído que era su padre.

-Mira, observa a ese muchacho al que tu has juzgado como un poca cosa, un nada. Mira y aprende pobre necia.

El grupo se dirigió hasta allí, impulsados por la curiosidad de lo que estaba pasando. Roberto se hizo cargo desde un primer momento de la situación, por doquier narices rotas, algunos con sus brazos en el vientre, algún otro al que se le intentaba devolver el sentido. Sin pensarlo otra vez...

-James, suéltale.

James, al ver quién le hablaba, pareció titubear.

-Nada va contigo memo, lárgate de de aquí y no te metas donde no te llaman.

Roberto pareció sopesar sus palabras.

-Lucha conmigo si te atreves, o ¿eres un cobarde? ¿no te atreves?

Estas palabras las dijo Roberto con un tono de voz que infundía miedo. Pero James no conocía el miedo, no sabía lo que era retroceder ante nada ni ante nadie cuando se encontraba en ese estado, además tenía la duda de que Roberto supiese artes marciales como él. James aceptó, tiró al suelo, como si se tratara de un trapo al muchacho que tenía atenazado con su brazo derecho. Este tenía el rostro ya cianótico por la falta de oxígeno, inmediatamente unos compañeros le socorrieron.

Ambos se pusieron uno frente a otro, tomaron posición. Roberto sabía que en ese combate no había reglas, tenía que abatir a su adversario lo más rápida y contundentemente que pudiese.

Isabel se volvió hacia Coraí, su rostro que no era rostro se fijó en ella.

-¿Qué va a pasar Coraí?

-Observa esto y velo tu misma.

Comenzó la lucha. Todos quedaron atónitos, el aire se podía cortar con una simple hoja de papel por el silencio que de improviso se había formado en todo el recinto. Con una maestría y una habilidad inimaginables Roberto había propinado una serie de golpes a James, los cuales hicieron que este se desplomase en la lona. Pero James no era una presa fácil de abatir. Ignorando por completo el dolor y haciendo alarde de una autodisciplina inigualable, atacó a Roberto con una serie de golpes. Uno de ellos golpeó a su adversario en la cara. Debió de ser muy doloroso. Como un torbellino, elevándose en el aire y con la agilidad de un pájaro y retorciéndose como las aspas de un molino, la pierna de Roberto cogió tal fuerza, que al alcanzar su pie el rostro de James, éste calló en la lona sin sentido. Roberto se acercó hasta él, y con su pie

desnudo le empujó para darle la vuelta, pues había quedado bocabajo y con el rostro en tierra, queriendo cerciorarse de que ya no daría más problemas, por lo menos ese día.

El instructor se acercó hasta él y le agradeció la acción.

-Gracias don Braulio, aunque lo mejor será abrir un expediente a este tipo y que no vuelva a pisar esta pista.

-De eso puedes estar seguro hijo.

El fornido instructor posó su mano sobre el hombro de Roberto, este se dejó hacer agradecido. El grupo de chicos que habían venido con Roberto estaba disperso para ayudar a alguno que otro malherido, aunque gracias a Dios, todo había quedado en un buen susto. Uno de ellos, buscó a Roberto, pero él ya se había ido, era el muchacho al que James tenía su cabeza atenazada con su brazo derecho.

Isabel parecía contemplar un sueño propio, aunque consciente. No salía de su asombro. Parecía no conocer al muchacho que hasta ahora había llamado padre, ella que le había juzgado débil, enfermizo, un poca cosa. Ahora se presentaba ante ella no ya como su padre, sino como un campeón, un número uno. Estaba desconcertada, atónita, muy impresionada y también, bueno era reconocerlo...

-Corái, estoy avergonzada, estaba muy equivocada, yo... no sé que decir...

El ser la miró con su rostro que no era rostro y la dijo.

-Siempre que juzgamos corremos el peligro de equivocarnos, de hecho siempre nos equivocamos, pues lo que juzgas en los demás como defecto o negativo, es porque tú también lo tienes, o careces, de hecho no te percatarías de ello en otro, si no lo tienes tú misma, o lo has tenido, e incluso si has llegado a poder tenerlo, ¿cómo vas a reconocerlo?

La escena desapareció, Corái dejó que Isabel descansara durante un rato, estaba muy abatida por todo lo que había visto y oído. La miró con ese rostro que no era rostro y sonrió. A continuación extendió su mano y un nuevo escenario totalmente diferente apareció ante ellos. En él se podía ver a una chica joven, que ella, sin titubear un momento, reconoció como la que era su madre, o que ella había creído su madre hasta esos momentos. En la escena se veía como recibía una llamada por teléfono, parecía preocupada. Por fin se pudo escuchar como ella pronunciaba el nombre de Roberto. Todo pareció acabar ahí.

Y Corái, indicando a Isabel que lo que iba a ver en esos momentos iba a ser muy doloroso para ella, la cogió de la mano y la dijo...

-Ten ánimo, sé valiente ante esto que vas a ver, es muy necesario aún de que sea muy doloroso, será una buena medicina para ti que tan equivocada estás.

Isabel recibió estas palabras sin acritud, en ellas no había rencor, maldad. Instintivamente cogió la mano de su acompañante, el escenario se abría ante ellos, podía oír, oler, tener calor, frío, hambre, sed, era, en fin, impresionante. En esos momentos se estaba desarrollando una escena que Isabel jamás habría podido ni imaginar. James, su padre, estaba como fuera de sí. Su madre Marga lloraba con desconsuelo y miedo. James parecía un demente.

James volvió a preguntar algo que no entendió Isabel, aunque lo que sí era claro era que Marga se negaba en rotundo.

-¿Qué es lo que la está preguntando Coraí?

El ser dirigió su rostro, que no era rostro, hacia Isabel. Pareció titubear ante decirla, o no, el por qué de la discusión entre los dos jóvenes, sus padres.

-Si yo te doy a elegir a ti, también es justo que yo decida. Hay cosas, respuestas que has de descubrir por ti misma, más no te diré.

Isabel exhaló un gemido, un gemido ronco, profundo que arrancaba de lo más profundo de su alma. Enmudeció y comenzó a llorar amargamente. Aunque el llanto pronto se truncaría en preocupación, pues James comenzó a golpear a Marga como un loco. Algunas personas que pasaban por allí e intentaron librar a Marga de la brutal paliza, pero estos fueron también rechazados y golpeados, James tenía la fuerza de un toro, la destreza del mejor luchador de artes marciales, y la fiereza descontrolada de un demente. Alguien, un grupo de personas comenzó a gritar pidiendo auxilio.

Isabel hizo ademán de intervenir para ayudar a la que ya creía como su madre, de esto ya no tenía la menor duda. Coraí la indicó que no la estaba permitido intervenir en el pasado, sólo podía presenciar esto como mera espectadora. La angustia de Isabel llegó al summun y comenzó también ella, aunque nadie la podía oír, a pedir auxilio. La paliza era brutal, Marga comenzaba a perder el conocimiento, corría un gravísimo peligro.

De repente un joven apareció, bajando de la moto como una exhalación se abalanzó sobre James. Isabel vio con inmensa sorpresa que nuevamente ese joven era su padre, o el que hasta ahora había creído que era su padre. Roberto comenzó a dar golpes a James con el propósito de que dejara a Marga. James, rugiendo como una fiera, se revolvió contra él, pero un certero y fuerte golpe de Roberto, capaz de dejar inconsciente al más entero, le hizo retroceder y caer en tierra semiinconsciente.

Roberto fue hasta donde se encontraba Marga, vio con horror las consecuencias atroces de los brutales golpes, ella gemía dolorida y maltrecha, él la atrajo hacia sí mientras la decía...

-Tranquila Marga, todo ha pasado, ven yo me ocuparé de ti.

Como pudo ella rodeó con sus brazos el cuello de Roberto buscando algo que la ayudase para levantarse.

-Espera no puedes, te llevaré, hemos de ir al hospital, estás malherida.

Fue en esos momentos cuando James, después de volver en sí, tomaba consciencia de lo que ocurría, de lo que le había ocurrido, de quién le había golpeado. Su faz se encontraba cambiada, infundía pánico y miedo contemplarle, todos los que estaban allí gritaron angustiados y advertían a Roberto del inminente peligro.

Roberto, dejando con inmensa delicadeza a Marga apoyada en un banco, se preparó a recibir la furiosa embestida de James, con sus puños apretados y los brazos extendidos, parecía el mismo ángel defensor de Marga. Cuando James arremetió contra él, con el propósito firme de llegar a Marga a cualquier precio, uno, dos, tres golpes recibió a bocajarro con una fuerza y una habilidad increíbles. Estos hicieron que como una marioneta James cayese definitivamente en tierra para no levantarse más. La gente aplaudía fuera de sí ante la exhibición de valentía y destreza por parte de Roberto. Este parecía no hacer caso y fue hasta donde Marga malherida esperaba ser socorrida.

Un coche de policía hizo su aparición, los agentes bajaron del automóvil intentando hacerse cargo de la situación lo antes y mejor posible. Todos querían explicarles lo que había ocurrido, ellos pidieron calma, que escucharían todas las versiones. Fueron hasta donde estaban Roberto y Marga. El policía más entrado en años sopesó el estado de Marga, fue ligero hasta el coche patrulla y pidió una uvi-móvil.

-Tranquilo hijo, la ayuda está al llegar

Luego ordenó a su compañero, de menor rango, que cogiese la identidad de los testigos y despejase la zona. Un nuevo coche patrulla llegaba en esos momentos. A una orden dos agentes esposaron a James aún de que éste se encontraba inconsciente,

-Ya pasó hija, ya pasó.

Unas gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de Marga.

-Tú hijo –repuso el agente refiriéndose a Roberto- tendrás que venir con nosotros.

-Tengo la moto.

-No te preocupes por la moto, uno de mis hombre quedará aquí hasta que vuelvas.

-Muchas gracias.

-Gracias a ti, sabemos por lo poco que hemos oído, que te has portado como un hombre.

Un minuto más tarde, con sorprendentemente rapidez, llegaba la ambulancia. Los operarios se bajaron del vehículo y se acercaron, por orden del policía, hasta Marga. La examinaron para valorar rápidamente su estado. Una de las médicas se acercó hasta el oficial y que parecía conocerle.

-Mal asunto Braulio, está embarazada y tiene multitud de traumas. Aquí no me atrevo a valorar su estado, me la llevo al hospital, está Ramón de guardia, que él decida.

-Gracias Sonia, vamos contigo, os escoltaremos.

A una orden de Sonia, Marga fue puesta en una camilla y montada en el vehículo.

-Vámonos. ¿Vienes hijo?

-Por supuesto.

-Eso está bien, vamos allá. Pepito, hazte cargo de todo, que Fernando se lleve la moto de este joven a comisaría. ¿Te parece bien?

-Por mi parte genial.

-Fernando es un especialista en motos, es el mejor de mi unidad, puedes estar tranquilo, sabrá cuidarla.

Isabel contemplaba la escena como absorta, no daba crédito a lo que sus ojos veían, o a lo que habían visto, ella que había juzgado siempre a su padre como un nada, un enclenque, un hombre enfermizo. ¡Vaya patinazo! Sintió mucha vergüenza y una profunda pena acompañada de una buena dosis de decepción por sí misma.

Coraí se dirigió a ella.

-Él nunca te habría dicho nada, y sabe que le juzgas mal y que no es nada ante tus ojos, ante los ojos de su hija.

Isabel volvió su rostro bañado en lágrimas a Coraí que la hablaba sin acritud, en sus labios no había reproche, sus palabras se convertían en dulzura pura cuando llegaban a los oídos de Isabel.

Vamos pequeña boba, todavía te queda mucho por ver, mucho que conocer, mucho de lo que debes saber, así lo requiere tu alma. Has visto por ahora lo que más te conviene, pero para curarte del todo, has de ver más cosas. Mira niña boba, mira...

En unos segundos se abrió ante ellos una escena por demás penosa. Isabel vio un niño pequeño que vagaba errante entre las ruinas de los edificios de una ciudad que era bombardeada. Era, claramente, tiempo de guerra. El estruendo de las bombas era ensordecedor y por todos los sitios había muerte y destrucción. El pequeño lloraba amargamente entre ese mar de horrores. Isabel miró a Coraí con rostro interrogativo.

-Estamos en plena II Guerra Mundial, la ciudad es azotada por los bombardeos aliados, ese niño que ves acaba de quedarse huérfano, ha visto su hogar, a sus padres y sus hermanos muertos por una bomba, sólo él se ha salvado. Mira, un soldado alemán lo recoge y lo lleva consigo.

Isabel vio como un soldado se acercaba hasta el pequeño y lo recogía cargando con él para llevarlo a un lugar más seguro. Pero este acto le costó la vida al heroico soldado, pues para ello se expuso a un fuego cruzado, una bala terminó con su vida, la sangre del soldado, que manaba descontrolada, empapó el rostro y el cuerpo del pequeño que llora aterrado.

-Es horrible Coraí, horrible, pero, ¿por qué me enseñas esto?

-El nombre de ese soldado es Manfred y ese pequeño por el que ha dado su vida es tu padre, es James.

Isabel nuevamente se quedó como muda.

-Sí, él dio su vida por ese pequeño, aunque lo que no pudo impedir es que los horrores de la guerra le marcasen para siempre. Mira ahora lo que va a pasar.

Un grupo de soldados llegó hasta donde estaba el pequeño, uno de ellos se cercioró que el soldado alemán estaba muerto, aunque ni siquiera se cercioró, le propinó una fuerte patada, una y otra, y otra, y luego descargó una bala en la frente del cadáver del soldado.

-Has hecho mal, eres un estúpido, un necio. ¿No has visto que este soldado ha muerto por salvar a este niño? ¿Estás ciego? Me provocas asco, desaparece de mi vista, ya me las arreglaré contigo más tarde.

El soldado se fue de la presencia del oficial de muy mala gana y con malos modos. Otros soldados se acercaron.

-El niño está traumatizado teniente, hemos de llevarle donde le atiendan.

-¿Qué pena que todos nuestros enemigos no sean como él?

-Perdón mi teniente, no le comprendo.

-Te decía que es admirable morir como un soldado, pero morir como él es aún más admirable. ¿Lo has visto?

-Sí mi teniente, lo he visto, estoy de acuerdo con usted, pero es parte de la guerra, terminará algún día.

-Este soldado no se merece morir y quedar aquí como un perro, es un héroe. Manda que pare el fuego.

-Teniente estamos en fuego cruzado, por lo que más quiera, salgamos de aquí.

Mira Isabel, observa con tus ojos lo que va a ocurrir. Vas a contemplar una escena de gran caridad y de amor verdadero, aún en esta atmósfera de destrucción y muerte.

El oficial, sin mediar palabra, cargó con el cuerpo del soldado alemán, y sin dudar, salió de la zona de resguardo en la que estaban en dirección a la zona alemana y de la que venía el fuego enemigo.

Los gritos de los soldados aliados al ver la acción de su oficial, no se hicieron esperar, pero él parecía sordo y mudo, cargado con el cadáver se dirigió en línea recta hacia la posición alemana, en su mano llevaba el casco del soldado alemán muerto y su fusil.

De repente un silencio profundo se hizo. Verdaderamente nadie sabía lo que estaba pasando, los compañeros del oficial cruzaban los dedos y le daban por muerto en pocos segundos. Pero esto no llegaba a ocurrir, el silencio continuaba y el fuego, tanto en el bando alemán como en el aliado, había cesado. El oficial continuaba su marcha cada vez más cercano a donde se encontraba el enemigo. Algo inusitado ocurrió que a todos heló la sangre. De la zona alemana salieron cuatro soldados en dirección al oficial. Llegaron hasta él, parecieron conversar. Uno de ellos cargó con el cadáver de su compañero muerto. Por los prismáticos se pudieron ver que los dos oficiales presentes en esos momentos se estrechan la mano y se saludaban militarmente. Acto seguido, el oficial aliado volvía con los suyos sano y a salvo. Todos le recibieron con emoción.

-Gracias muchachos, muchas gracias.

-Teniente tiene usted dos ... bien puestos, de eso no cabe la menor duda. ¿Qué les ha dicho teniente?

-Que ese compañero suyo muerto era un héroe y que para mí era un honor el llevarlo hasta ellos, su cuerpo no podía quedar a merced de las bombas y la intemperie.

-¿Y que le han respondido?

El teniente cerro los ojos durante unos segundos. Al volver a abrirlos estos estaban vidriosos y muy rojos.

-Hable teniente, ¿qué le han respondido?

-El oficial alemán me ha dicho que en esos momentos habían recibido una comunicación de Berlín.

-¿Y...?

-Berlín ha capitulado, todo el alto mando se ha rendido. Hitler ha muerto. La guerra ha terminado.

Coraí habló a Isabel con voz más baja de lo habitual.

-Tu padre quedó muy marcado, aún de ser muy pequeño, por lo que vivió en aquéllos días. Quedó traumatizado, trauma que no pudo superar. Nadie supo ayudar a tu padre. A la más mínima tensión a la que era sometido, él volvía a aquellos momentos trágicos de su infancia.

-Que fácil es colarnos.

-Así es Isabel, nunca juzgues a nadie, no sabemos lo que arrastra esa criatura para comportarse de uno u otro modo.

-Pero hay gente muy mala, muy malvada de la que es mejor estar lejos.

-No te quepa la menor duda, después de ti misma, tu peor enemigo es el hombre malvado. Pero no hablemos ahora de otras cosas que te distraigan de lo que verdaderamente tienes que empaparte y que son el motivo de esta intervención tan especial que se está haciendo contigo. ¿Estás preparada para la siguiente escena?

-No, no lo estoy, aunque creo que eso me va a dar igual.

-Así es, aunque esta vez no seré únicamente yo quién te la presente. Esta última visión de las cosas que pasaron, y que ya no se pueden cambiar, es por demás amarga, y en tal grado dolorosa para ti, que no seré únicamente yo quien te la presente.

Un nuevo personaje hizo de improviso su aparición. Este saludó a Isabel y esta a su vez sintió tal dulzura, tanto consuelo, le era tan agradable y deliciosa esta presencia, que no pudo menos que exclamar...

-No sé porque, sin embargo estoy encantada de que estéis aquí. ¿Cuál es tu nombre?

El personaje, que sí tenía rostro, a diferencia de Coraí, expresó una bellísima sonrisa.

-Vengo a consolarte por lo que has de ver y así no desfallezca tu corazón, la tristeza es uno de tus peores enemigos, aunque conmigo a tu lado, siempre la tendrás lejos de ti. Mi nombre es Aliel y soy un ángel. Se me ha dado esta forma humana, a imagen de tuya, para ser accesible a ti y ayudarte, junto con Coraí, en la durísima prueba que te espera.

-La verdad es que estoy en ascuas –repuso Isabel algo inquieta–.

-No se turbe tu corazón, con nosotros a tu lado no hay prueba que no puedas superar, solo tendrás que poner de tu parte una buena disposición. Voy a enseñarte cosas, circunstancias, acontecimientos y verdades que a muy pocos le ha sido dado ver y conocer. Te presentaré el mundo no como tú lo ves, sino con la realidad sobrenatural que le envuelve. ¿Estás preparada?

-No, no lo estoy.



Aliel miró a Isabel como hasta ahora en su vida nadie la había mirado. Ella se percató de esta mirada y miró hacia el suelo de forma refleja.

-Mira Isabel, es tu madre, yace en una cama de hospital, esta agonizando. Esa pequeña en la brazos de esa apuesto joven eres tu, acabasr de nace, ese sacerdote acaba de celebrar el sacramento del matrimonio entre tu madre y ese joven.

El joven al que se refería Aliel era Roberto. Isabel estaba perpleja.

-Escucha lo que tu madre le dice, escucha y que no se pierda una sola palabra de las que pronuncia antes de morir.

Isabel se quedó como extática, parecía no oír ni ver absolutamente nada que no fuera lo que su madre en esos momentos decía con voz trémula de moribunda...

-Gracias Roberto, gracias por todo esto. Cuida de mi hija, de nuestra hija, te lo pido con toda mi alma.

Roberto con los ojos empapados en lágrimas...

-Te juro ante Dios que cuidaré de esta niña, como si fuera mi propia hija, te lo juro Marga.

-Roberto, ten cuidado, el vendrá a por ella, a por ti, intentará hacer daño, el no perdonará, cuida a mi hija, protégela de él, con la vida si es necesario, si puede matará a la niña.

-Marga, descansa tranquila, James nunca tendrá a la niña, te lo juro, la defenderé con mi vida si es preciso. Ves en paz Marga, yo seré para ella su padre.

Una convulsión repentina hizo que todo el cuerpo de Marga se arqueara con una tensión terrible, era el principio de un inminente fin.

-Roberto, Carolina te quiere, ella sería una buena madre para mi hijita, y yo sé que también la quieres, es mi mejor amiga, yo debería haberlo sido, nunca la hice caso, me equivoqué Roberto.

Roberto estrechó la mano de la moribunda entre las suyas. Marga, yo siempre he estado enamorado de ti, lo que ocurre es que ...

-Eres un mentiroso, lo dices ahora, tú si me que me has gustado a mí, pero me equivoqué con James.

La faz de Marga tomó por unos segundos un tono jovial y fresco. En esos momentos alguien entraba en la habitación, eran los padres de Marga.

-No te turbes ellos saben que estamos casados y que nunca esta niña ha de saber quienes fueron sus verdaderos padres.

La madre de Marga se acercó hasta el lecho donde su hija agonizaba. Cogió sus manos entre las suyas; el padre por el contrario puso su mano derecha sobre el hombro de Roberto. El fin era inminente, el padre de Marga quiso que Roberto no sufriese este terrible dolor, había alguien fuera de la habitación esperando.

-Hijo, hay alguien ahí fuera que ha preguntado por ti, sal con la pequeña, nosotros nos quedaremos aquí.

Marga esbozó como pudo una sonrisa a Roberto y le pidió que hiciera caso a su padre. Roberto salió, Carolina le esperaba fuera. La faz de Roberto reflejaba en cierta forma la muerte de Marga, la pequeña comenzó a llorar.

-Roberto, lo sé todo, sé que te has casado con Marga, sé porqué lo has hecho.

-Carolina mira, mi hija. A partir de ahora esta será la prioridad en mi vida, ella. Voy a cambiar de vida, de casa, de país. Me voy a ir lejos con ella, tan lejos que ella jamás sepa toda la tragedia que acompañó sus primeros días en este mundo, mundo que me propongo a partir de ahora sea para ella bello, luminoso, en paz. Pienso volver a España, a la tierra en que nací.

-Los ojos de Carolina se llenaron de lágrimas, por la emoción, por el dolor, por el amor que sentía por ese joven.

-Carolina.

-Dime Roberto.

-¡Quieres compartir conmigo y con mi hija todo el resto de nuestras vidas?

Carolina, sollozando de emoción pronunció un sí tan hermoso que la faz de Roberto se encendió en luz. Como un niño pequeño, sollozando, Roberto hundió su cabeza en los brazos de Carolina, brazos que le esperaban ansiosos.

-Ven, dame la niña. A partir de ahora también yo renuncio a todo lo que no sea criarla, sacarla adelante, aunque tenga que dejar familia, colegio, país, todo. Te seguiré donde vallas y seré su madre, tu esposa.

La puerta de la habitación se abrió. El padre de Marga salía al pasillo donde estaban, aunque entero, se notaba que sufría intensamente.

-Margarita te llama hijo, creo que va a morir.

Se hizo un silencio profundo, todos entraron en la habitación. Roberto con Carolina entraron en el apartado de la UCI. Marga hizo ademán de que se acercasen los dos hasta ella.

-Gracias a los dos, yo, desde donde voy, intentaré ayudaros lo más que pueda. Roberto...

-Dime Carolina.

Roberto se acercó hasta el lecho de la moribunda.

-Roberto, ves como yo tenía razón, *las margaritas no sonríen en otoño*.

-No digas eso, *las margaritas deben de sonreír en otoño*.

-Es otoño para mí, el verdadero y definitivo otoño de mi vida que acaba, esta margarita no puede sonreír en este otoño por demás áspero y frío, pero tú sí puedes hacer que mi margarita –dijo señalando a la recién nacida– sea feliz. Educadla bien. Roberto, *que esa margarita sí sonría en otoño*.

Después de decir esto, la cabeza de Marga calló suave y dulcemente hacia el lado derecho de su cuerpo, su faz se apagó en unos segundos, había muerto.

La escena terminó de improviso, Isabel ya no era la Isabel de antes, permanecía callada, en su faz habían aparecido unos rasgos austeros, de madurez, que antes no había. Aliel y Coraí permanecían en silencio. Los dos ángeles consolaron con tierno amor a la niña que en esos momentos sufría intensamente y que sentía como una espada traspasaba su corazón. Pasados unos minutos...

Ahora, Isabel, tienes que contemplar otra escena. Esta se desarrolla en un tiempo muy cercano a lo que acabas de presenciar.

Isabel no pronunció una sola palabra. Aliel puso su mano sobre el hombro de Isabel, esta cogió la cogió entre las suyas y las apretó con fuerza, Aliel miró y comprendió.

En la nueva escena que se abría ante sus ojos, Isabel reconoció a Roberto y a Carolina, ella llevaba un bebé en sus brazos, no la fue difícil deducir que ese bebé era ella. Ellos la llevaban en brazos tapada con un buzo para bebé pues debía de hacer frío, el aliento en forma de vapor delataba una baja temperatura.

No debía haber pasado mucho tiempo desde lo ocurrido en la última visión, aunque Coraí hizo que Isabel se fijara en las alianzas que ya aparecían en los dedos de ambos esposos. Ambos estaban muy contentos aún de que el camino que habían decidido tomar por la pequeña, iba a estar repleto de sacrificios y espinas, al menos en un principio. Los dos habían decidido poner tierra por medio a todo recuerdo, a cualquier cosa que pudiera dañar a la pequeña, y sobre todo poner la mayor distancia del que era su verdadero padre natural, esto es, James.

Sin embargo algo iba a ocurrir en esos precisos instantes que cambiaría la vida de todos. Como una exhalación, como salido de la misma nada, James hizo su aparición bruscamente irrumpiendo con unos modales y una violencia inusitada.

Como un acto reflejo Roberto puso tras él a Carolina y a la niña.

-¡Esa ni ñiña es mía, tú lo sabes, ella lo sabe!

-¿Qué quieres James? Nada tienes que hacer aquí, un juez la protege, la ley dice que esa niña es ahora nuestra.

A James se le cambió de improviso la cara ante esas palabras, infundía miedo el sólo mirarle. Esta vez había venido preparado, no quería fallos ni ridículos como la vez pasada. A una señal suya tres motos más irrumpieron en la escena. De ellas se bajaron tres jóvenes mal encarados y con aspecto chulo y amenazador.

-¿Qué os parece tíos, el imbécil y la imbécil me quieren quitar a mi hija? ¡Os vamos a matar capullos, y nadie sabrá como habréis muerto, mis colegas y yo nos encargaremos de ello!

Carolina temblaba de miedo por lo que se les venía encima, miró a Roberto, este permanecía delante de ella, su faz era de acero y mantenía unos rasgos duros y fuertes en los que el miedo o el temor hacían total ausencia. Carolina exclamó con voz trémula y entrecortada...

-Roberto, Roberto ...

Roberto se volteó y la miró, y sonrió. Esto tranquilizó en parte a Carolina.

-Pero Roberto, ellos son cuatro y tu uno.

-¡Sí capullo, hazla caso a ella y danos a la niña, nos contentaremos con que te cagues en los pantalones!

Roberto parecía insensible a las amenazas y a los insultos que le proferían, sus aspectos y sus ademanes eran tranquilos, esto desconcertó bastante a los cuatros. Uno de ellos, sin mediar palabra, cargó salvajemente contra Roberto. En un habilísimo y magistral movimiento lo esquivo a la vez que se encontraba su rodilla en plena boca. Un chorro de sangre manaba de la nariz y la boca del que le había atacado. Otro golpe le dejaba inmediatamente sin sentido.

-Muy bien, era un estúpido, ahora veamos si te las arreglas con los tres.

Las navajas hicieron su aparición, sus blancas y afiladas hojas brillaron denunciando un sol radiante. Carolina dio un gemido de miedo. Roberto continuaba tranquilo, incluso llegaba a parecer que la cosa no fuera con él. En un movimiento rápido se quitó la cazadora y se la enrolló rápidamente en el brazo. La acometida comenzó de inmediato. Uno, y otro, y otro golpe de navaja tuvo que esquivar, aunque después de esquivarlos devolvía inexorablemente el golpe de forma contundente y brutal.

En una primera intentona los tres se retiraron algo desconcertados, no habían logrado nada. Pero, como perros rabiosos, se lanzaron en tromba contra Roberto. Este pudo poner fuera de combate al primero, y cuando iba contra el segundo, James ya había llegado hasta donde estaban Carolina y la niña. Fue entonces cuando ocurrió algo inesperado, como un León rugiente Roberto se lanzó contra James, pero no pudo

impedir que su segundo atacante le hundiese en una pierna la hoja de su navaja muy profundamente.

-¡¡Ah....!! ¡la herida de papá, de la que se queja siempre! ¡Dios mío, era por defendernos a nosotras! Isabel lloraba amargamente contemplando esta escena del pasado de su infancia.

Contempló como Roberto, aún de herido, descargaba tal golpe sobre su agresor que este caía como muerto unos metros más atrás. Acto seguido otro golpe dejaba fuera de combate al tercer compañero de James, este había sido el que le había clavado la navaja en la pierna. De improviso James se vio solo, intento algo tan horrible como horribles eran sus pensamientos. Carolina grito fuertemente angustiada.

-¡Roberto, la niña, él... la quiere matar!

Fue entonces cuando Isabel pudo comprobar la destreza y el temple del que hasta entonces había llamado padre. Roberto, quitándose un pesado reloj de acero que llevaba en su muñeca, lo lanzó con una puntería y una destreza increíbles contra el rostro de James. Éste recibió el punzante y fuerte impacto, su ojo derecho quedaba sin visión y el dolor era terrible. Miró a su adversario con verdadero miedo y echó a correr luego de tirar a la pequeña al suelo como si se tratase de un objeto sin valor, salió corriendo, el pánico se había apoderado de él.

Fue hasta la moto, la arrancó y dando bandazos, aceleró a fondo con intención de huir. Pero un camión que en esos momentos pasaba, un camión de bajo tonelaje, aún de que intentó por todos los medios esquivar al imprudente motorista, lo arrolló sin remedio. Como un muñeco, en una terrorífica visión, el cuerpo de James desapareció dando alaridos de dolor, entre las grandes ruedas del enorme vehículo. El camionero paró inmediatamente el camión y se bajó de la cabina descompuesto por lo que le había sido imposible evitar.

Roberto fue hasta allí como pudo, la pierna le manaba abundante sangre. El camionero, hombre fornido y ya entrado en años, viendo lo ocurrido exclamaba..

-¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios! ¡que tragedia Dios mío, que tragedia! Con su teléfono móvil llamó a la policía.

Roberto llegó arrastrándose hasta donde estaba James gimiendo penosamente; ya agonizaba. Se pudieron escuchar sus palabras...

-Perdóname Roberto, perdóname.

Roberto cogió la mano del moribundo entre las suyas, intentó tranquilizarle.

-Ahora es importante que estés tranquilo, ya viene la ayuda.

-No Roberto, voy a morir, pero no importa, no deseo vivir.

-No hables así, te pondrás bien.

-Eres bueno, yo no te habría ayudado.

Un borbotón de sangre brotó de los labios de James indicando que se cuerpo se encontraba internamente destrozado.

-Roberto, cuidado tú y Carolina de mi hija, júramelo.

-Roberto, acercando sus labios al oído del moribundo levantó la voz para hacerse oír.

-Te lo juro, lo haremos.

James, asiendo con una fuerza inusual en uno que agoniza, el brazo de Roberto...

-¡Por Dios, júramelo por Dios!

-Te lo juro James.

-Roberto, no hables a mi hija de su padre, no la hables de mí, no he sido bueno, no quiero que sufra como yo, el sufrimiento es malo cuando no tenemos a nadie que nos enseñe a soportarlo y a vencerlo. Yo, toda mi vida he estado solo, muy solo, quizás ella es lo único que me importaba, aunque ni con ella he sabido obrar como un hombre, solo como una fiera. ¿Me perdonas?

-Sí, te perdono James, de corazón, y también Carolina.

-¿La habéis puesto ya nombre?

-Tenemos pensado uno, Mariana.

-No, ese no es su nombre, ponedla Isabel, ese es su nombre, como mi madre que perdí, la mujer más buena que se me arrebató en mi más tierna infancia, quizás al ponerla su nombre esté menos enfadada, ahora que la voy a encontrar de nuevo, por las fechorías que he hecho durante toda mi vida.

Dicho esto todo el cuerpo de James se arqueó en un supremo y final movimiento de dolor y agonía, poco a poco fue perdiendo vitalidad hasta quedar totalmente quieto y relajado, todavía su mano aferraba fuertemente la de Roberto. Había muerto.

Aliel y Coraí estrecharon con amor infinito a Isabel que se encontraba literalmente destrozada. Lo que había visto y oído era por demás terrible para ella, aunque necesario como reconocía ella fuertemente avergonzada y dolorida.

-Ahora es cuando comprendo el porqué de todo esto, lo ingrata que he sido pues la ignorancia no exime de la culpa.

-Isabel miró a su lado y se encontró de lleno el rostro de Aliel que la miraba con una inmensa ternura y cariño, esta mirada reconfortó de tal forma a Isabel, que dejó de sentir pesar y angustia.

-Ha sido necesario enseñarte esto, tu ingratitud clamaba al cielo, aunque no ha sido por ella por lo que se ha obrado todo esto. Ha sido por ti, pues mucho se espera de ti. Ciertamente has juzgado mal a tus padres, y mira que digo, a tus padres, sin embargo has de enmendarte y tomar en tu vida el rumbo correcto.

Isabel permanecía callada, sin ni siquiera mover una pestaña, parecía no conocerse, aquello había sido muy fuerte, aunque extrañamente no había perdido los nervios en ningún momento, se encontraba fuerte, lúcida aún del gran dolor y arrepentimiento que habían nacido en ella.

-Bien es cierto que lo que has visto y oído te acompañarán todo el resto de tu vida, aunque se me ha dado hacer dos ofertas a tu voluntad.

-Escoge bien, pequeña niña, en ello te va mucho.

El que había dicho esto había sido Coraí.

-Sí Coraí, estoy preparada, con vosotros a mi lado no temo equivocarme y contestar lo correcto.

-Bien, una pregunta te la hará Coraí y otra yo. ¿Cuál quieres que se te haga primero?

-Primero la de Coraí.

-Si es tu deseo, sea –repuso Coraí con voz grave-. ¿Deseas olvidar todo lo que has visto y ser devuelta a tu vida, como si nada de todo esto hubiera ocurrido, habiendo olvidado todo lo que has visto y has oído en nuestra compañía?

Isabel sopesó durante unos instantes la respuesta. De una forma rotunda y sin vacilaciones respondió...

-De ninguna forma, nunca, nunca había sufrido tanto, y a la vez, nunca había sido tan feliz, felicidad que me ha traído la verdad sobre mi vida enseñada por vosotros dos a los cuales ya nunca podré olvidar.

Los dos se cruzaron una mirada de gozo, estaban muy contentos por la respuesta de la niña.

-Y tú Aliel, ¿cuál es tu pregunta?

-Somos conscientes de que lo que has visto y oído, el conocimiento de todas estas cosas, es por demás pesado para tu limitada y pobre mente, por lo que a partir de ahora tendrá que cargar con un peso grande y por demás amargo, aún de que la felicidad se entremezcle con la amargura. ¿Deseas no volver a la vida? ¿Deseas no volver a tu mundo? ¿Deseas abandonar la existencia y venir donde nosotros, ir al sitio del que procedemos y a donde en breve regresaremos?

Esta segunda y última pregunta cayó como un verdadero mazazo en Isabel. La pregunta era por demás difícil, pues la insatisfacción y la ausencia de ganas por vivir la habían acompañado de forma persistente estos últimos años. Ahí tenía la puerta de salida perfecta y fácil a todos sus problemas. El solo contemplar el rostro de Aliel la quitaba toda duda de lo que realmente deseaba toda ella, su alma, todo su ser, por lo que respondió...

-Irme, con vosotros, irme y nunca más volver al feo mundo de donde vengo.

Los dos ángeles estrecharon dulcemente a Isabel, deseaban confortarla e infundirla valor ante la decisión que debía tomar.

-Isabel, para nosotros sería una alegría que vinieras, que dejaras, como tú dices, tu feo y negro mundo, porque te queremos. Sin embargo, ¿estás segura? Piensa, medita, rebusca en el fondo de tu corazón, en lo más profundo de tu alma, allí donde quizás ni tu misma has llegado, y poco será esto.

Mi padre, mi madre, lo mal que me he portado, me gustaría reparar todo lo que hecho, por otra parte, ellos dejaron todo por mí, es justo que también lo deje yo todo por ellos, amor con amor se paga. Lo sé, lo sé ángeles míos, pero me cuesta sobremanera tomar esta decisión. Aunque bien es cierto que ardo en ganas de volver a encontrarme con mis padres nuevamente y decirles que les quiero, que lo sé todo y que les amo por ello más que nunca, yo que había juzgado a mi padre como a un pelele, y a mi madre.

Aliel estrechó nuevamente a Isabel con un afecto y un candor que hizo exclamar a Isabel...

-Sí, lo sois, de ello no tengo ninguna duda, que sois buenos, porque sólo un ángel bueno es capaz de hacer sentir el amor, el afecto, la dulzura que yo siento en estos momentos en vuestra compañía.

Los dos ángeles recibieron estas palabras con agrado y con el valor que verdaderamente tenían, o sea mucho.

-Sí, debo regresar a mi mundo, debo volver con mis padres, con mis amigos.

Los dos ángeles se intercambiaron una mirada de gozo y exclamaron contentos...

-Claro que sí, esa es la respuesta correcta.

-Deseaba haceros una pregunta, bueno, la verdad es que son dos.

-¿De qué se trata?

-Cuando dormí el otro día me pareció soñar con un lugar hermosísimo, con un hombre que debéis perdonarme, infinitamente más hermoso que vosotros, incluso, fijaros lo que os digo, que muchos de vosotros juntos.



Los dos ángeles se miraron entre si y sonrieron.

-Bueno, y ¿cuales son tus preguntas?

-Muy sencillo, quería saber si ese hombre, ese lugar, fueron y son realidad, si existen de verdad, y donde se encuentran.

Coraí tomó la palabra.

-Isabel, ese hombre existe, ese lugar existe y tanto él como el lugar del que nos hablas están en la tierra, en el mundo del que te hemos traído y al que vas a volver.

Isabel quedó muy pensativa, esta respuesta la animó sobremanera.

-Otra cosa, me pareció soñar algo referente a un tigre, no sé, como si...

-En eso no podemos ayudarte, es algo que descubrirás por ti misma.

La faz de los dos ángeles de improviso se tornó seria, grave. Isabel notó este cambio tan brusco y repentino.

-¿Qué os ocurre?

-Hemos de despedirnos, aunque no para siempre, las despedidas como estas se miden con el tiempo, y este es breve, su paso es fugaz.

-¿Entonces?

-Querida hermanita nuestra, antes de que nos despidamos, hemos de enseñarte una última visión, un último y gran escenario. Esta te concierne exclusivamente a ti, es un regalo para ti. Observa Isabel y observa bien, pues lo que veas, eso llevarás para ti. Una vez que termine esta visión, también terminará nuestro encuentro contigo.

-Pero no será cortante y fría nuestra separación, antes de volver a tu mundo, descansarás en Betueim.

-¿Betueim? ¿qué es Betueim?

-Adios Isabel, adiós pequeña, ves en paz.

Esto entristeció sobremanera a Isabel, la compañía de estos dos seres no se podía calificar con palabras, los había llegado a querer entrañablemente. Para su sorpresa, Coraí, que hasta entonces no había tenido rostro, ahora presentaba el rostro de un joven hermosísimo, de bellísimos ojos con lapislázulis escogidos y unos cabellos rubios como los más hermosos rayos de sol del más bello amanecer. Isabel quedó prendada de esta belleza que ante ella se presentaba. Coraí la sonrió y con ademán de muchacho travieso, la animó a continuar sin apegos ni ataduras por lo que veía.

-Mi pequeña boba, la belleza inunda el mundo, solo hemos de abrir nuestros ojos y saber contemplarla, nosotros sólo somos reflejo de esa belleza de la que te hablo. Tus

ojos deben aprender a ver. Mira, por ser el primero que contigo ha estado, y por esta respuesta tan dócil y acertada y todo lo que en ti se ha obrado, te regalo un don, úsalo bien.

-¿Qué don es este Coraí?

-Tu misma lo descubrirás. Te insisto, como todo don has de cultivarlo, cultivarte, de lo contrario los dones se pudren dentro de vosotros y sobreviene la enfermedad tanto para el cuerpo como para el espíritu, los dos están unidos, los dos llevan la misma suerte.

Isabel intento acercar a los dos ángeles con sus brazos y estrecharles con cariño. Ellos se dejaron hacer, comprendieron el lenguaje del corazón de la niña.

-Nunca os olvidaré, siempre pensaré en vosotros. ¿Volveremos a vernos?

Los dos se miraron interrogativamente ante la pregunta de Isabel.

-Al final de los días, todo hombre encuentra los seres a los que ama e incluso a los que no amó y que entonces amaré. La vida es un momento en la eternidad pequeña boba mía, cuenta uno y ya habrá acabado, cuenta tres mil millones y no habrá hecho más que comenzar, ¿lo has entendido?

-Creo que si Coraí, pero después de todo esto ya no soy la misma, hasta ahora lo he soportado con entereza porque he estado a vuestro lado, en vuestra compañía. Si me dejáis no sé lo que va a ser de mi, de mi ánimo, creo que me derrumbaré.

-No digas eso niña, piensa en tu padre, en tu madre, en él.

Isabel quedó extrañada ante estas palabras.

-En mi padre vale, también en mi madre, pero en él ... ¿quién es él?

Ni Coraí ni Aliel contestaron a la pregunta que Isabel les había hecho.

-¿Estás preparada Isabel?

Isabel pareció coger fuerzas respirando hondamente. Como alguien que se resigna a algo a lo que no tiene más remedio...

-Vale, venga, cuando queráis.

-Adiós Isabel.

-Adiós Coraí, adiós Aliel, queridos amigos, acordaros de mi.

Inmediatamente después Isabel se encontró ante un escenario de lo más peculiar. Veía un camino, largo, muy largo, que se deslizaba entre montañas y valles. Había partes de este camino lleno de precipicios, acantilados, espinales, pedregales, y otros repletos de prados en flor que se encontraban bañados de un sol radiante. Veía que por

partes, repartidas por todo el camino, había como casas, unas muy humildes, otras muy lujosas, otras simples casas, e incluso alguna que no parecía casa, una cuadra de animales o una cueva fría y húmeda.

Y se vio a sí misma comenzando a andar ese camino. Poco a poco se le unió otra persona que no supo reconocer y a continuación otra, y otra, y otra más, hasta que vio que ese camino no le recorría sola, estaba acompañada, todos estaban acompañados. Pero de repente comenzó una gran tormenta. Del fragor de los rayos y de los truenos salían unas criaturas espantosas que al llegar a la tierra se hundían en ella como topos para salir más adelante como criaturas espantosas, las cuales les atacaban.

Pero así como estas criaturas habían aparecido, también, de los rayos de un hermosísimo sol, aparecían unas criaturas hermosísimas y luminosas. Estas, armadas de escudo en el que había incrustadas piedras preciosas y con una espada de flameante fuego, cargaban contra las tenebrosas criaturas, las cuales antes de ser abatidas intentaban devorar el mayor número posible de los que la acompañaban en su camino, e incluso a ella misma, aunque cuando llegaban a donde ella estaba un enorme felino rayado la defendía y a cada zarpazo de este poderoso animal, sucumbía toda criatura que hasta ella quería llegar.

Más adelante, vio que la horrible tormenta arreciaba de tal forma e intensidad, que parecía cubrirlo todo. De la multitud de rayos y truenos salían un número ingente que no se podía contar de tenebrosas criaturas que parecían invadirlo todo.

Pero todo esto duró muy poco, Coraí intervino interponiéndose entre ella y la terrible visión. No la dio tiempo a Isabel a reaccionar, en un abrir y cerrar de ojos se encontraba en un lugar, no extraño, pero sí muy especial. Ni sentía frío, ni sentía calor, estaba muy bien, se encontraba muy reconfortada en este lugar y no sabía a qué era debido.

-¿Dónde me encuentro Coraí?

Isabel se percató de que Coraí había desaparecido, no estaba con ella por primera vez desde que partieron desde su habitación. Aquél lugar tenía algo especial que Isabel quiso reconocer, pero aunque estaba segura que estaba en lo más profundo de sus recuerdos, no era capaz de acordarse.

Isabel fue hasta un arroyo, el agua era fresca y deliciosa, y aunque estaba fría, no dañaba su garganta, unos sorbos con sus manos como cuencos y se encontraba saciada y muy reconfortada.

-¡¡Huy, que agua mas rica!!

-¿Te ha reconfortado?

Isabel se volteó sorprendida por la sorpresa de escuchar esa tan hermosísima voz que le hablaba, quedó demudada ante la belleza del que tenía aquella voz. Este ser, sencillo y a la vez majestuoso, se acercó hasta ella, se sentó en el suelo junto a ella.

-¿Quién sois? No os conozco.

Una fresca sonrisa apareció en el rostro hermosísimo de aquél personaje.

-Bueno, llegada hasta aquí, tengo que felicitarte por tu entereza en la prueba, aunque todo es para tu bien, Coraí me ha comunicado tu bravura y sobre todo tu arrepentimiento.

Isabel estaba que no salía de su asombro, aquél personaje parecía conocer todo lo referente a Coraí, las escenas de la vida pasada de sus padres, y ...

-Has de cambiar tu vida, hija mía, y cambiarla rotundamente.

Isabel parecía muy calmada, aquél personaje la infundía una tranquilidad y una paz desconocidas para ella, nunca había estado tan agusto con nadie como lo estaba con él, de hecho cogió con sus manitas una de las fuertes y bellas mano de él entre las suyas.

-Si, me estoy dando cuenta de muchas cosas, aunque hay algo que no puedo entender y que me turba

-¿Qué es?

-Cuando vuelva otra vez a mi vida normal, una vez que haya pasado todo, ya no volveré a ser la misma, querría haber amado a mis padres, o a los que hasta ahora he llamado padres, sin necesidad de todo esto, me avergüenzo, vulnera mis más profundos sentimientos. Además, después de haber estado en este lugar, cómo voy a disfrutar en otro tan penoso como es mi mundo, tan sucio, tan horrible, con tanta maldad.

El personaje sonrió y atrajo hacia su pecho hacia Isabel, y así la tuvo unos minutos. Pasados estos dijo a Isabel con tono jovial...

-Mira, te voy a enseñar este lugar, pasaremos juntos tu y yo, conversaremos, estrecharemos una amistad perpetua entre nosotros, ¿quieres?

-Claro que quiero, no sé, estoy muy agusto aquí, creo que incluso me quedaría para siempre.

-Tu perteneces a este lugar, por eso te encuentra tan agusto en el, sin embargo también perteneces al mundo en el que has nacido, ¿olvidas que el mal esta en guerra contra el bien, y que tú eres parte activa en este conflicto?

-Me da miedo el mal, los hombres malvados.

-Temer al mundo es de necios, pues nunca sabrás lo que verdaderamente temes y siempre te encontrarás en una continua zozobra material y espiritual. No temas a nada,

eso sí, has de ser cauta y guardarte de mal andando los difíciles caminos del bien, estos, a diferencia de los otros, te traerán felicidad y sosiego.

-Contigo aquí pierdo el miedo, sin embargo es como estar aparte de la realidad, una vez que me encuentre sola todo volverá a ser lo mismo a ser lo mismo.

-No, nunca es lo mismo, es la lucha del día a día. Mira, te voy a hacer un regalo, mira.

Dando un fino silbido, el personaje parecía llamar a alguien o a algo. ¡Y que alguien!, o mejor dicho, ¡que algo! Un preciso y fortísimo tigre se acercó hasta ellos por la orden que se le había dado. Cuando Isabel lo vio venir se refugió en el personaje muerta de miedo, el animal infundía verdadero pavor, era enorme y emitía unos gruñidos que el sólo oírlos erizaba los cabellos. Pero el personaje extendiendo su mano lo llamó hasta él y le ordenó que se tumbara a su lado. El animal obedeció en el acto.

-¡Que bonito, que bonito, es un sueño, es precisos? ¿Cómo se llama?

-Tendré el nombre que tú me des, soy para ti, soy un regalo de él.

Isabel se llevó los dedos a la boca como una chiquilla, la sorpresa era de campanillas, el tigre hablaba.

-Pero ¿cómo me voy a llevar este precioso animal?, sería un crack total.

El tigre se levantó y fue hasta ella, con ademán majestuoso hizo que a Isabel no la quedara más remedio que acariciarle. El personaje a su vez reía con ganas.

-Eres precioso, siempre he deseado tener un animal cómo tú, además un tigre, es mi animal favorito. Aunque es una pena porque esto es un sueño, una irrealidad, una tontuna de mi mente, una...

El poderoso animal dio tal rugido que a Isabel la bailaron todos los huesos de sus cuerpo, un escalofrío la recorrió todo el cuerpo desde la nunca hasta la planta de los pies...

-Bueno, bueno, no he dicho nada.

Intervino el personaje.

-Él es mi regalo, sólo le verás tú, y sólo llegará a verle el que haya de ser tu esposo, pues te casarás y serás muy feliz, aunque en eso reconocerás que el hombre que llegue a ti es bueno, si no lo ve, desconfía, o ese hombre no es para ti o no es bueno.

-¿Y la comida y cuidados que un animal cómo este requiere?

-No serás tú el que tenga que cuidar de él, sino él de ti, confía hija mía.

-Me habéis dejado patidifusa, en verdad el regalo me encanta, pero...

El personaje esbozó tan preciosa y hermosísima sonrisa, que Isabel al contemplarla, quedó como extasiada, llegando a olvidar todo.

-Bueno jovencita, es la hora de partir, Coraí no tardará ya.

-¿Y mi tigre?

-Lo tendrás cuando se deba, yo te lo enviaré.

-Entonces, ¿ha llegado la hora de despedirnos?

-Así es.

-¡Que difícil va a ser volver a la rutina después de haber estado aquí con vos!  
¿Volveremos a vernos?

El personaje acercó sus labios hasta la frente de Isabel, esta pareció entrar en un profundo sueño del cual, solo despertó cuando Coraí la llamó con esa voz que no era voz, tan peculiar y única.

-¿Has descansado?

Isabel bostezó larga y plácidamente.

-¡Perdón sí y muy bien! He dormido profundamente, creo que como nunca en mi vida había dormido, además ... espera un momento ... el oído...

Isabel se frotó su oído derecho, parecía oír perfectamente con él, cosa imposible hacía ya casi tres años que sufría una total sordera.

-¡Caray!, pues se me ha arreglado este oído, oigo perfectamente con él, es como si hubiera salido de un túnel, es genial.

Fue en esos momentos cuando Isabel comenzó a oír una voz que la llamaba por su nombre. Parecía lejana, sin embargo se iba acercando cada vez más, no sabía si ella era la que se acercaba hacia la voz o, por el contrario, la voz se acercaba a ella, aunque inmediatamente reconoció y supo que era la voz de su madre que la llamaba insistentemente.

Poco a poco fue desapareciendo la visión que ante ella tenía, todo ese mundo comenzó como a nublarse, esa voz se hacía más fuerte y clara y su tono marcaba la autoridad sobre todo lo demás. Sintió como un escalofrío, volvía a sentir su cuerpo tal y como estaba acostumbrada. Abrió los ojos, no podía hablar, tenía la boca seca y no podía mover bien su lengua. Lo primero que vio fue el rostro de su madre que reposada sobre ella la llamaba con cariño y medio preocupación ante la negativa de Isabel de no despertarse.

Isabel, al ver a su madre, alargó sus brazos y se estrechó a ella rodeando su cuello con sus brazos, por nada del mundo quería soltar a su madre, repetía una y otra vez...

-Mamá, mamá, mamaíta, que feliz estoy de tenerte de nuevo, mamá, mamá, te quiero.

Isabel lloraba amargamente aferrada al cuello de su madre, la cual no sabía exactamente lo que estaba pasando, pero que ante esta reacción inusitada de su hija se emocionó sensiblemente.

-Mamá, mamá, lo sé todo, *esta margarita sí sonreirá en otoño*.

Carolina dio un respingo y se separó de su hija bruscamente.

-¿Qué estás diciendo criatura? ¿Quién te ha enseñado eso?

-Mamá, lo sé todo, Coraí y Aliel me lo han enseñado todo, mi pasado, todo lo que ocurrió, todo mamá, todo.

Isabel se volvió a incrustar en el regazo de su madre sollozando desconsolada. Su madre la acariciaba sin saber que pensar.

-Lo sé todo mamá, lo de la herida de papá cuando intentó salvarnos de mi padre, la muerte de mi madre, todo, todo, y mamá... estoy muy avergonzada, creo que nunca podré... ni os he querido tanto como os quiero ahora. ¿Y papá?

-Me ha telefoneado esta mañana, llegará en un par de horas.

Isabel contó a su madre todo lo que había vivido y visto aquella noche. Su madre la escuchaba sin poder creer lo que estaba escuchando. También relató a su madre como la había engañado ayer por la tarde, que no había ido al cine, que había estado con Máximo y que tenía pensado ir aquella noche del viernes con él a una casa de sus padres en la playa, pero que Coraí la había enseñado como aquella noche él la mataría pues ella se resistiría a sus pretensiones.

Carolina estaba aterrorizada, tenía miedo de que la historia se volviera a repetir. De improviso sonó la puerta de la casa, madre e hija se sobresaltaron.

-Quédate aquí hija, yo iré a ver quién es, diré que no estás.

-Espera mamá. -Isabel fue hasta la ventana de su habitación, miró a través de un rendija entre el aluminio de la ventana y la cortina.

-Mamá no te preocupes, es la moto de Alex, y creo que sé lo que quiere. Ves a recibirle, yo me visto en un momento, le invitaremos a desayunar.

Carolina hizo como su hija la había indicado, había algo en ella que la infundía confianza. Fue hasta la puerta de la casa, era Alejandro, le invitó a pasar.

-No gracias, esperaré fuera, no me importa.

-Por favor Alex, entra en casa, Isabel saldrá de un momento a otro. ¿Has desayunado?

-Sí señora, muchas gracias.

-Ven, espera aquí.

Carolina dio una voz a Isabel para que se apresurara, esta apareció en un par de minutos en la sala de estar de su casa. Isabel estaba más hermosa que nunca, su largo y negrísimo cabello negro, contrastando con sus ojos azules, tan azules como dos zafiros engastados en su bellísimo rostro, hacían de ella una hermosísima y muy atractiva jovencita.

-Hola Alex, ¿qué haces aquí a estas horas?, es tarde.

-Vengo a llevarte al colegio, pasaba por aquí.

Isabel fue hasta donde estaba su amigo, cogió sus manos, él se quedó extrañado de la actitud de ella.

-Lo sé, y mi madre también, sé las intenciones de Máximo, lo que espera de mi esta noche, pero no se va a salir con la suya, no me tendrá, nunca acudiré a esa cita.

-Te está esperando en la puerta del colegio Isabel, la situación es muy delicada. ¿Está tu padre?

-Vendrá en un par de horas.

-Isabel si Máximo ve que no vas hoy al cole imaginará que estás en casa, sola y te aseguro que vendrá, lo que pase después solo Dios lo puede saber.

-No se atreverá a entrar en esta casa sin permiso de mis padres.

-Sin estar tu padre aquí no sé que decirte, está muy tocado, tiene una obsesión de las suyas, una fijación que le domina, no parará hasta conseguir realizar sus propósitos, a cualquier precio, sea como sea, haya que hacer lo que haya que hacer, y no está solo, está con tres más.

-¿Tres?

-Sí, tres.

-Y él, son cuatro.

-Según las matemáticas eso es lo correcto. Mira, yo me quedaré aquí, contigo, con tu madre, soy el único al que teme y ante el que puede retroceder, haremos esto hasta que venga tu padre.



Tanto a Carolina como a Isabel se les heló la sangre en la venas, parecía como si una mano mágica, transparente, irreal, fuese dibujando los acontecimientos tal y como ocurrieron antaño con James y Roberto, con otras connotaciones, pero idénticos.

-La culpa de todo la tengo yo, he sido una estúpida, me he dejado embaucar por las promesas de planes superferolíticos y por eso, yo he generado esta situación. Pero sí, si te agradezco que te quedes aquí con mamá y conmigo, sé, sin género de dudas, que si él vienes y estamos solas, y si no cedo a sus pretensiones, es capaz de matarme.

-De eso no te quepa la menor duda, aunque primero tendrá que pasar por encima de alguien, esto es, yo, y no creo que eso le sea posible, o por lo menos fácil, él lo sabe, por lo menos lo sopesará antes de emprender cualquier acción.

Isabel se tiró a los brazos de Alejandro, su corazón estaba embargado de agradecimiento. Le besó dulcemente. Él se quedó quieto intentando encajar como podía tal demostración de agradecimiento, aunque le parecía algo más profundo que una simple demostración.

-Está bien, dejaré la moto fuera, la verá eso le avisará. Ahora, señora, sí que acepto ese desayuno que me ha ofrecido hace un rato.

Carolina sonrió, ese joven parecía tener un temple de acero. Madre e hija se miraron, vieron en ese temple, en esa forma de afrontar los hechos, a aquella forma y temple que Roberto tuvo cuando abatió a James y a sus amigos.

-¿Por qué haces esto hijo mío?

-Yo era el mejor amigo de su hijo, siento, he sentido que él me pedía algo, hoy no he podido pegar ojo, y ahora sé el por qué.

-¿Únicamente por eso?

-El resto es material reservado señora.

Isabel miró de soslayo a Alejandro intentando evitar que este se diera cuenta de que ella había oído lo que terminaba de decir.

No lejos de allí, en el colegio de Isabel, tal como había predicho Alejandro, Máximo esperaba la llegada de Isabel. Oteaba la larga calle que desembocaba en la gran reja metálica de la entrada principal del colegio. Isabel no llegaba, algo tenía que haber pasado.

-Esa se ha quedado en su casa tío, con el plan que tenéis no tiene ni ganas de venir al cole.

Sin embargo Máximo no estaba tranquilo, era como si una mano misteriosa le quisiera arrebatar el succulento bocado que tenía en la mano.

-Voy a esperar unos minutos, sino viene iremos a su casa, su madre ya se habrá pirado a trabajar.

-Tenemos que ir a clase, nos pondrán falta.

-Está bien, tenéis el tiempo justo.

-Yo tengo reunión, y yo, y yo –repusieron los tres con aspecto chulo y de muy mal talante–, te ayudaremos a que no se te escape tu palomita.

El que había hablado se llamada Braulio y tenía el apodo de el chino. Era conocido por su manejo con la navaja. Era un muchacho muy conflictivo y por demás peligroso.

-Está bien, esperemos unos minutos, si no viene iremos al nido a por la palomita, y espero que esté o que me dé una explicación, de lo contrario pensaré que se ha portado mal y tendré que castigarla.

Los tres restantes compañeros de Máximo rieron sarcásticos y burlones, era como un coro de hienas que reía cualquier memez que se le pasaba a éste por la azotea y que exteriorizaba de forma sistemática. Pasaron unos minutos, Máximo comenzó a impacientarse, una de las motos dejó oír el fuerte ruido de su motor al arrancar, a esta le siguieron tres más. Los cuatro motoristas salieron a toda velocidad, y con un gran estruendo de tubos de escape y motores sobre acelerados, hacia la casa de Isabel

Cuando llegaron, vieron la moto de Alejandro aparcada en la puerta, se detuvieron.

-Está ese capullo, ¿que leches hará éste aquí?

-Será mejor que nos vayamos, esto huele a complicación, ese capullo, como tu dices, me dio una paliza el año pasado que todavía me duele la mandíbula.

-Somos cuatro idiota, no te das cuenta que está perdido.

-Si entramos ahí se nos echará la policía encima, mi padre me ha advertido que la próxima vez me deja en el trullo y que no pondrá fianzas ni leches, yo me largo. dumbo

-Callaros, habláis como viejas bobas, ¿quién ha dicho que vamos a entrar ahí?, él va a ser el que va a salir, y esta vez le ajustaremos las cuentas, no olvidéis que somos cuatro y él solamente uno.

-Te recuerdo la paliaza que díó a Antonio y a Sebas, todavía cuando le ven les bailan las quejillas.

-Esta vez es diferente, se ha entrometido demasiado, tiene que pagar con sangre inmiscuirse así enhentre mi novia y yo.

Los cuatro llegaron hasta la puerta de la casa. Máximo, bajando de la moto y habiéndose quitado el casco, fue hasta la puerta y accionó el timbre de entrada. Se impacientó, nadie respondía. Como un energúmeno continuó presionando con su dedo índice el interruptor. Al ver que no contestaba nadie, golpeo primeramente no fuerte con su puño la madera de la puerta, hasta dar un tremendo golpe que hizo que la puerta toda se moviera.

Una voz desde dentro le habló...

-Vete Máximo, vete, no quiero salir de casa.

-Te recuerdo que hemos quedado preciosa, ¿esque lo has olvidado?

-No quiero salir más contigo, vete, esto se ha acabado, sé tus intenciones, lo que pretendes, vete, no te guardo rencor, vete.

-¡Que sabes mis intenciones! ¡Que me vaya! ¡Vaya con la niña, ahora me manda que me largue mientras ella me pone los cuernos con un cerdo rubio en su misma casa, - gritó Máximo fuera de si-.

-Máximo, soy la madre de Carolina, ella te está diciendo la verdad, o te vas a me veré obligada a llamar a la policía.

Máximo, con una mirada de demente propia suya en situaciones como esas, ya había perdido el control sobre si mismo, a partir de esos momentos era un elemento muy peligroso.

-Señora, esto no va con usted, diga a su hija que salga, y que el mierda ese que se refugia en sus faldas coja su moto y se vaya, de lo contrario todos lo vamos a pasar mal y pasaran cosas malas.

-Mi marido está a punto de llegar jovencito, te aconsejo que te vayas, si viene creo que lo vas a pasar mal.

Máximo rompió en carcajadas burlonas.

-Señora, su marido es un cagueta, un poca cosa, su hija me lo ha dicho, ¡siempre está malito con su patita enferma! –esto lo dijo Máximo usando un tono burlón, los cuatro a coro hicieron eco con risas e insultos.

Isabel estaba avergonzada por esto, su madre la abrazó y la dijo que fuese fuerte, eso pertenecía al pasado. La reacción de Alejandro no se hizo esperar. Aún de que estaba muy tranquilo apretaba sus puños con fuerza. Carolina e isabel le observaban y veían con verdadero temor a aquél Roberto de aquél día trágico en que murió James.

-Tengo que salir.

-No, voy a llamar a la policía.

-Si hace eso se irán, pero volverán y será mucho peor, esta planta hay que quitarla de raíz, tienen que ver que les es mejor no volver, de lo contrario no se sabe lo que pueden llegar a hacer. Voy a salir ahí fuera, es lo mejor.

-De ninguna forma, ellos son cuatro.

-Isabel, esto no se mide ni se arregla con números.

La frase dicha por Alejandro estaba ahí, madre e hija se miraron. Cuando se quisieron dar cuenta, Alejandro estaba fuera de la casa, comenzaron a oírse voces.

-¿Por qué te metes donde no te llaman capullo?

-Máximo, te lo voy a decir una vez, solo una, y es que te vayas, tú y ellos, todo se habrá acabado, nadie pensará nada.

-Así de fácil, eso es todo lo que tienes que decir. Me iré, pero me llevaré a Isabel conmigo, a ti te vamos a hacer unas marcas para que te acuerdes quien soy.

Brillaron las navajas, brillo que era precedido del característico chasquido del abrirse de la navaja automática. Alejandro se preparó igual que años atrás hiciera Roberto, se quitó la cazadora y se la enrolló en su brazo izquierdo, el derecho lo dejó libre para golpear. Mientras tanto Carolina e Isabel habían salido al porche de la casa, Isabel suplicaba a Máximo que dejase todo, que se fuese, pero este parecía sordo, parecía importarle únicamente Alejandro.

Pero algo extraordinario pasó ajeno a la voluntad de todos, una voz masculina se hacía notar, una nueva presencia hacía su aparición, era Roberto. Sin saber reañamente lo que ocurrió su rostro tensó y sus facciones se endurecieron.

-¿Qué está pasando aquí?

Isabel, al ver a su padre se lanzó a sus brazos mientras frenéticamente le pedía ayuda.

-¿Qué ocurre hija, que es lo que pasa?

Ni corto ni perezoso Máximo gritó bestialmente...

-Se lo voy a explicar yo papaito, su novia es mi hija, me ha plantado y el capullo este intenta quitármela.

-Ya, e intentas que no te la quiten con una navaja en la mano tu y los otros.

-Señor, no les haga caso –repuso Alejandro- no les haga caso, está loco, su hija corre un gran peligro, es un demente.

-Entiendo.

Alejandro miró a Isabel y a Carolina, ellas asintieron a las palabras que Alejandro le había dicho. Roberto sabía perfectamente lo que debía de hacer.

-Entrad todos dentro –ordenó Roberto con voz tranquila-, entrad dentro y esperad a que yo entre.

-Señor son cuatro, están armados.

-Lo he visto hijo, pero esto no es una cuestión de números, anda, entra dentro de la casa, yo solucionaré esto.

Máximo, al oír estas palabras, comenzó a burlarse de Roberto de forma un tanto vejatoria.

-¡Pero si es el enfermito! ¿Qué va a hacer papaito al respecto? ¿Nos va a regañar?

Un coro de carcajadas burlonas llenaron el aire. Roberto parecía no inmutarse.

-¡Ven corriendo papi, ven vamos a jugar a la gallinita coja!

Otro coro de carcajadas y risas aún más hiriente y esperpéntico que el anterior llenó de nuevo el aire. Roberto, con una fuerza inusual, arrancó de cuajo una estaca que sujetaba un rosal. Lo esgrimió amenazante.

-¡Oye hijo, voy a contar hasta tres, bueno hasta cuatro pues ese es el número de los que sois, cuando acabe os daré tal paliza que tendrán que llevaros al hospital, del miedo que tendréis a que os de otra no seréis capaces ni de gesticular una palabra, y cuando acabe, entraré en micasa y me tomaré una cerveza riéndome de vosotros.

-¡Madre mía con tu padre Isabel, míralos, se lo están pensando!

Máximo se quedó parado, había algo en ese hombre que le infundía respeto, que le daba miedo. Tenía la certeza absoluta, y no sabía el por qué, de que cumpliría al pie de la letra lo que había dicho.

-Bueno, que, empezamos.

Uno de los tres que acompañaban a Máximo se avalanzó de improviso sobre Roberto, este le esquivó, le propinó un golpe con su pie en la mano el cual le hizo soltar la navaja. Luego agarrándole por los pelos le hizó del suelo y le dio tal bofetada que el muchacho salió disparado contra una valla de madera.

-Me has roto la valla del jardín, mál hecho.

Otra sonora y fuerte bofetada hizo que para éste se hiciera de noche antes de tiempo, de noche y con estrellas.

-Tio, esto se pone feo, es mejor que nos vallamos, algo me dice que esto va mal.

A Máximo parecía haberse despejado la mente, ya no estaba chulo ni arrogante, sopesaba seriamente los que serían sus siguientes actos.

-Está bien, ya nos veremos las caras papaito.

-Mira Isabel, tu padre los ha vencido, mira ese, se lo ha quitado de enmedio de dos tortas, ¡y que tortas! ¡valla toalla! –Alejandro se reía con ganas a diferencia de Carolina e Isabel que permanecían muy serias.

-¡Oye hijo, creo que no lo has entendido bien! No os estoy diciendo que os podéis ir tranquilamente y que aquí se ha acabado todo, os estoy diciendo que la próxima vez que os vea cerca de esta casa o de mi hija, os propinaré un paliza tal que lo de éste os parecerá un juego de niñas. ¿Os ha quedado claro?

Máximo estaba vencido, Roberto definitivamente le había hecho llegar a una decisión sabia.

-Venga, iros, y que no os vuelvas a ver por aquí, y llevaros esta inmundicia antes de que le de otra torta y se quede idiota el resto de su vida.

Máximo y los otros dos se acercaron hasta su compañero.

-Anda levántate –dijo Maximo despectivo- eres idiota, despierta bobo.

Dicho esto los cuatro fueron a sus motos. Máximo miró una última vez a Roberto, este le hizo gesto de recordese, de lo contrario... estaca. Los cuatro montaron en su moto y haciendo un fuerte ruido, se fueron. Roberto entró en su casa. Fue recibido por Isabel que literalmente se arrojó en sus brazos mientras griataba...

-¡Papá, papá, papá!

Roberto estaba asombrado, verdaderamente no se sabía a que se debía este cambio tan rotundo de su hija. Isabel le dijo algo al oído, este se quedó perplejo. Le dijo...

-Papá, *esta margarita sí sonreirá en otoño.*

Roberto se quedó muy callado y pensativo, miró a Carolina, esta asintió con su cabeza...

-Todo, todo... le indicó con un ademán.

-¿Cómo? ¿tu?

Carolina hizo un gesto a Roberto por la presencia de Alejandro.

-Bueno joven, por lo menos he de saber tu nombre.

-Me llamo Alejandro, era el mejor amigo de su hijo.

-Y espero que también el de mi hija.

Isabel se pudo roja como un tomate.

-Papá...

-Te ibas a enfrentar a esos cuatro tu solo.

-Sí, no era una cuestión de números, además el uno es más fuerte que el cuatro.

-Ya, está bien, eso me suena familiar.

Después de unos naturales momentos de bienvenida Roberto exclamó contento...

-Os invito a comer a los tres a un restaurante que conozco, está a las afueras, y el que lo desee podrá dar el paseo más fenomenal que se pueda soñar. Lo que sí os aseguro es que hacen la mejor paella que jamás hemos probado Carolina y yo.

La invitación intimidaba bastante a Alejandro que intentó escabullirse como pudo. Fue Roberto el que le acabó de convencer...

-A alguien que se ha jugado la vida por defender a mi mujer y a mi hija, que menos que invitarle a comer, para conocernos, para charlar, para, si lo deseas, intimidar y empezar una amistad.

-La verdad es que jamás he visto a alguien como usted, simplemente cabreado los ha hechado para atrás, aparte del memo que ha recibido lo que le correspondía.

-¿Aceptas?

Alex miró a Isabel, esta le hizo ademán de por favor que aceptase, por lo que...

-Acepto.

El resto de la mañana y de la tarde transcurrió en un ambiente muy agradable, aún de la tensión que se había podido acumular, hubo un clima tranquilo y agradable que hizo que el tiempo volara. Como había dicho Roberto el sitio invitaba a dar un paseo después de comer. Pero para Isabel y para Alejandro todo era muy precipitado, demasiado preparado y de esta forma algo no funcionaba.

Y esto bien lo sabía Roberto.

-Te doy las gracias por venir con nosotros hoy hijo mío, sin embargo lo que esta mañana ha ocurrido lo equería, ¿no crees?

-Si señor, ha sido un poco fuerte, aunque temo que esto no ha terminado, Máximo volverá a intentarlo y si no hay algo o alguien que le pare será peor, esta vez lo intentará por detrás, no de frente, esperará tiempo, dejará que nos confiemos.

-Es un problema porque ni tu ni yo podemos estar continuamente con mi hija. – Roberto hizo un ademán de impotencia poniendo sus manos en la nuca y dejándo sus brazos caer a plomo-. Oye hijo, ¿puedo hacerte una pregunta? Una pregunta de amigo, si no lo deseas no me contestes.

-Si está en mi mano contestar, cuente con ello.

-¿Por qué has hecho esto?. Te has jugado la vida esta mañana por defender a mi mujer y a mi hija. ¿qué te ha movido a esto? ¿Amas a Isabel?

Alejandro pareció sonreír, aunque no sonreía, se le veía decidido y en total apertura a responder a Roberto.

-Yo fui el mejor amigo de su hijo, de Ricardo. Él siempre me hablaba de Isabel, de su hermana, la quería mucho, creo que eran uña y carne. ¿Mantendrá usted silencio si le cuento algo que me ha pasado y que nadie sabe?

-Tienes mi palabra.

Llevo unos días soñando con Ricardo. No es un sueño del que me pueda acordar perfectamente, es lo normal en un sueño. Sin embargo, cuando me he despertado todos estos días sentía la necesidad imperiosa de defender a Isabel, sin saber de qué. Le aseguro que ayer Isabel estaba decidida a irse con Máximo, aunque yo la avisé de que un amigo mío me había filtrado los verdaderos planes de éste. Iba a llevarla a la playa y allí, si ella no cedía, la habría forzado si hubiese sido necesario para conseguir de ella lo que deseaba.

-Comprendo –Roberto escuchaba a Alejandro muy serio-. Tengo una gran deuda contigo hijo mío, nunca podré pagarte lo que has hecho por nosotros.

-Con respecto a amar a Isabel, no, no me lo he planteado, no lo sé y creo que tampoco ella se lo plantea, creo que ella sigue viendo en mi a su hermano Ricardo, a quién ama de verdad es a Máximo.

-¿Tu crees?

-Estoy seguro, vi su cara cuando él se enfrentó a usted, ella sufría por usted, pero también por él, hay cosas que se notan y que no podemos cambiar, sobre todo en situaciones de gran tensión, nos sale de forma innata lo que llevamos dentro.

-Comprendo.

-Aunque después de esto ella ya nunca le volverá a buscar, Máximo ha cerrado la única puerta que había abierta para llegar al corazón de Isabel, aunque la verdad es que hay algo que no me explico, el repentino y total cambio de Isabel, esto es para mí un misterio.

Roberto y Alejandro paseaban un poco separados de Carolina e Isabel, también conversaban entre ellas.



-Esta noche voy a llamar a Lucía, creo que quedaré con ella, es mi mejor amiga, aunque no la voy a contar nada, no quiero que los tíos crean que estoy para el manicomio.

-Creía que habías roto con ella.

-Sí mamá, muchas cosas cambiaron y muchas cosas deben de cambiar, así como otras deben volver a ser como antes.

-Yo hablaré con Adela, hoy es viernes, es un buen día.

-Papá es admirable, seguro que estará deseando llegar a casa y que le cuente. Estoy deseando hacerlo, estar a solas con vosotros y contaros todo con el mayor detalle que sepa.

Carolina puso su brazo derecho sobre el hombro de su hija, esta lo recibió cariñosa. -Sí, debe de estar espectante, y no es para menos, ya verás que sorpresa-

-¿Qué te parece Ricardo mamá?

-Es un muchacho excepcional, me recuerda mucho a tu padre cuando tenía sus años.

-Sí, pero ya sabes a lo que me refiero.

-Él no te quiere, aunque tiene deseos de ser tu amigo, quizás el recuerdo de tu hermano le haya hecho obrar así. Tampoco le quieres tú, le quieres como amigo, y él lo sabe, y lo que es más, lo acepta.

-No te imaginas mamá lo que daría cualquier compañera mía por solo hablar con él un minuto tan solo, está medio colegio locas por él.

-¿Y él?

-Tiene un grupo muy reducido de amigos, nunca merodean el colegio, además están todos forrados. Y por cierto, papá es muy rico en su país. En el país de donde sois. Lo sé porque lo oí en una visión.

-Lo es hija, pero esto déjale a él que te lo diga.

-¿Por qué mamá?

-Todos estos años ha estado trabajando en algo que no le gusta para adaptarse a esta vida que hemos creído buena para ti.

-Gracias mami, pero yo desearía pedirlos a ti y a papá el que me...

-Quieres ir a visitar la tumba de tus padres, la tierra que te vio nacer.

-Sí mamá, lo deseo profundamente.

-Eso sí que se lo tendrás que decir a tu padre, aunque creo que tanto como tú, el desea volver.

-¿No ha quedado familia de mi padre?

-La habrá, sin embargo el tiempo habrá borrado muchas cosas.

-¿Y que les vamos a decir a los abuelos? Siempre me he preguntado porque ellos nunca han estado aquí, siempre de viaje, ahora lo entiendo.

-Para ellos va a ser un cambio muy grande, y sobre todo para ti. Pero hablemos de todo esto esta noche con tu padre, creo que me encantará no perderme la cara de tu padre cuando le cuentes todo.

-Sabes una cosa muy rara.

-¿Cuál hija?

-Aquél personaje tan hermoso y tan majestuoso, me hizo un regalo. Si te lo digo te vas a reír de mí, pero las cosas son así, yo no me he inventado nada.

-¿De qué regalo se trata hija?

-De un tigre.

-¡De un tigre! –exclamó Carolina abriendo mucho los ojos-.

-Sí mamá, y lo que más me extraña es que todavía no le he visto. Si lo vieras mamá te desmallarías.

-Eso te lo puedo asegurar, me caería redonda.

-Es precioso, y me da la sensación, alomejor es una bobada, de que puede hablar. Él me dijo que lo vería yo y el hombre con el que me iba a casar, y que iba a ser muy feliz, aunque tenía que hacer algo.

Carolina parecía feliz al oír estas palabras. -¿sabes hija lo que son para un padre y una madre el oír que su hija va a ser inmensamente feliz?

-No tengo hijos, aunque me lo imagino, tranquilidad.

-Por ejemplo, y no sólo eso, mucho más.

-Mamá, cuando veía a mi madre, incluso después de verla morir, cuando hablaba con Coraí y Aliel de ti y de papa, siempre os nombraba como papá y mamá, y así lo siento en lo más profundo de mí, que sois mis padres y que os quiero. No lo sé mamá, no sé lo que me ha pasado, es como si me hubieran cambiado el corazón de piedra que antes tenía, por otro que es capaz de carne que es capaz de amar.

El resto del día transcurrió tranquilo, en un ambiente muy agradable, algo necesario después de la fuerte tensión vivida aquella mañana. El momento de verse solos en casa había llegado. Isabel relataba a su padre, tal como había hecho con su madre, todo lo acontecido en la noche, las visiones que tuvo, y que más que visiones, Isabel las llamaba realidades, pues ella decía que eran verdad.

Roberto la escuchaba, estaba perplejo por lo que oía. Isabel llegó a el motivo de su cojera. Isabel se lanzó a los brazos de su padre, lloraba con amargura recordando tantas veces como le había juzgado un enfermito, un cojito, ella nunca podía haber ni siquiera imaginado la verdad de esta herida. Roberto la acarició sus largos cabellos negros, también estaba sensiblemente emocionado.

-Papá. Quiero ir a rezar a la tumba de mis padres, eso lo primero. También tengo la necesidad de hacer algo, no sé exactamente lo que es, pero tengo que hacerlo.

-Lo primero es acabar el curso. Tenemos una fiesta, un puente dentro de quince días, si lo queréis preparo el viaje, hoy mismo hablaré con mi padre para que prepare nuestra estancia, ¿o deseas ir a tu casa amor mío?

-No, está bien, con tus padres, de todas formas creo que nos reuniremos en Fanjor todos, no creo que tu padre pierda la oportunidad.

-¿Qué es Fanjor, papá?

-Hija, Fanjor es donde viven tus abuelos, esto es, mis padres. Es una enorme casa en una gran extensión de terreno.

-¿Y eso es de los abuelos?

-Sí hija, tu abuelo es una persona muy importante, nuestra familia pertenece a la más antigua nobleza, tu misma eres toda una pequeña personaje, ya lo verás.

-Papá, aquí vivimos bien, nunca me ha faltado de nada, aunque es cierto que tampoco me ha sobrado.

-Ya irás viendo, aunque te puedo adelantar algo que te gustará mucho.

-¿El qué papi?

-Mis padres tienen una de las mejores cuabras de caballos, a mi padre le encanta la doma. Ayer mismo me dijo que le había nacido una potrilla de su mejor pura sangre.

-No me digas papá -Isabel estaba entusiasmada-.

-¿Y sabes que nombre la ha puesto tu abuelo?

-No, dímelo.

-Isabel.

Esta noticia encantó a Isabel que la recibió con ilusión y alegría. –Ya estoy deseando ir papá. Ya he hablado con Lucía, he quedado mañana con ella.

-¿Trabajas mañana cariño?

-No, mañana no tengo ningún proyecto pendiente, ¿si quieres podemos hacer un plan?

-Se me estaba ocurriendo...

-Me parece que sé lo que piensas, por mi parte fenomenal.

Carolina tenía entradas para el concierto del sábado por la noche, concierto, cena, mejor imposible. Sin embargo, como dice el refrán, el hombre propone y Dios dispone, es mejor hacer hacer nuestros planes en papel de borrador, de esta forma nos evitamos desagradables encontronazos con la cruda realidad del momento presente.

Los tres se quedaron charlando hasta muy tarde, el tema de la tertulia daba para ello y para más. Aunque al fin se acostaron.

## AL FINAL, HACIA BETUEIM

Isabel había vivido una experiencia única, sobrenatural y muy especial. Esto la dejaría marcada para el resto de sus vida. Sin embargo, de todo lo vivido aquella noche en compañía de Coraí y Aliel, en la mente y en el corazón de Isabel se había quedado grabado especialmente el recuerdo de aquél lugar, de aquél hombre de rostro hermosísimo.

Le pareció recordar, sin ella quererlo, que aquél hombre de rostro hermosísimo nombraba aquél lugar como *Betueim*. Isabel no podía dejar de pensar en aquél lugar, en la paz que allí reinaba, en las maravillas que había contemplado. Bien era cierto que recordaba el regalo que le hiciera el hombre del rostro hermosísimo, pero todavía ella no había visto al poderoso y precioso animal.

Por las noches, cuando cerraba los ojos, le parecían venir a la mente el recuerdo del paisaje, de los colores, algunos que eran para ella totalmente nuevos y que jamás había contemplado, las plantas, los animales, las aguas en forma de ríos, manantiales, lagos, mares.

Betueim era un lugar maravilloso, un lugar privilegiado e Isabel deseaba con toda su alma el volver allí. No sabía cómo, aunque sí el porqué, tenía un corazón nuevo, era como si el antiguop de piedra suyo se lo hubieran cambiado por uno de carne capaz de amar, de sentir, de comprender, de disfrutar, de ver lo bello y de ignorar lo feo. Era como si un nuevo orden hubiese calado en ella y la guardase para algo que ella intuía, pero que no sabía bien lo que era. Isabel tenía continuamente presente aquella última visión que Aliel la presentara, visión por demás terrible y de la que desconcía el significado, aunque hoy por hoy, ella se veía en en su mundo, en el mundo que la había visto nacer y que ella conocía. Cierto era que muchas cosas habían cambiado, en ella sobre todo.

Había amanecido una bellísima mañana de otoño. Las calles estaban llenas de las hojas de los árboles, que ya secas habían caído sobre coches, pavimentos y todo lo que había permacido a la intemperie aquella noche. Isabel recordó que había quedado con su prima Lucía y que saldrían juntas, aunque también le parecía recordar que sus padres tenían un plan.

Lucía, bastante madrugadora, estaba a punto de llegar, un mensaje en el móvil de Isabel lo anunciaba. Roberto y Carolina se habían levantado. Aquél sí que fue un *buenos días* un tanto especial para los tres, todavía se podía notar en el ambiente algo

mágico, algo extraordinario, al especial del día anterior y que parecía haberse quedado en la casa, en la vida de todos, dando ilusión, un toque de fantasía y felicidad a cotidiano vivir de la familia.

El timbre de la casa sonó, era Lucía. Isabel se apresuró a abrir la puerta, estaba deseando ver a su prima y mejor amiga. Después del encuentro entre las dos, se dirigieron a la sala de estar, Roberto y Carolina también recibieron contentos a la contenta muchacha.

Lucía era una jovencita guapísima, de largos cabellos rubios, ojos azules y muy esbelta. En sus mejillas se podían ver unas cuantas pecas, que lejos de deslucir su rostro, le daban un toque muy bello y atractivo.

Lucía fue hasta sus tíos y los dio un beso. Los cuatro se fueron a desayunar. Cuando ya estaban a punto de acabar sonó el teléfono de la casa, Carolina que estaba más cerca se acercó y descolgó el auricular. Llamó a Roberto, le hizo señal de que se acercara. Roberto, después de limpiarse los labios de los restos del café y las tostadas, su acercó y se puso el auricular en el oído.

-Ah, sí, hola hijo... dime...

Roberto expreso un gesto de sorpresa y a la vez de tristeza, toda la atención se centró sobre él, algo había pasado.

-¿Qué ha pasado mamá? ¿quién ha llamado?

-Hija, es Alejandro, ha llamado a tu padre, no sé lo que ha pasado, ha preguntado por él.

Carolina, Isabel y Lucí esperaron a que Roberto colgara el teléfono, cosa que hizo muy poco después.

-¿Que pasa papá? ¿Que ha pasado cariño, que quería Alejandro?

-Isabel, Máximo ha tenido esta noche un accidente. Iban cuatro en sus motos, un camión los ha arrollado, no se sabe como ha sido, dos fallecieron en el acto, otro quedó ileso porque pudo esquivar al camión, y Máximo está muy grave, está en coma profundo, se lo llevó muy grave el 112 del lugar del accidente, su estado es crítico.

La noticia había caído como una bomba, sobre todo en Isabel a la cual se le demudó el rostro hasta aparecer unas gruesas lágrimas en sus mejillas. Roberto fue hasta ella, la abrazó con amor, él entendía bien el corazón de su hija...

-Lo siento hija, lo siento. Sé que todavía amas a ese muchacho, lo sé, conozco bien a mi pequeña.

Isabel afirmó con su silencio que lo que la decía su padre era verdad, la verdad, lo que realmente su corazón sentía y que ella n o podía impedir.

-No puedo, no puedo dejar de quererle papá, no puedo, lo he intentado, pero es como querer parar el mar con una cuchara, no puedo, me es imposible.

Carolina fue hasta su hija, la atrajo hacia ella. Roberto observó que Lucía no sabía que pensar, no sabía bien de que iba todo esto, que era lo que pasaba, quién era Maximo, todo.

-Después te explicaremos hija, ahora dejemos que Isabel descargue en su madre todo el dolor que siente.

-Hija mia -repuso Carolina- te propongo una cosa.

-¿El qué mamá?

-Iremos a ver a ese joven, Alejandro sabrá donde está hospitalizado, iremos a verle, ¿quieres?

-Sí mamá, si quiero ir.

-Pues no se hable más, anda, llama a Alejandro, mientras papa y yo nos prepararemos.

-¿Quién es Máximo, Isabel? -pregunto Lucía-.

-Lucía, quizás hoy no es una casualidad que estés aquí, aunque no te lo parezca, tengo muchas cosas que contarte.

-Tenemos todo el día, y si quieres me puedo quedar esta noche contigo o tu venirme a casa.

-Hablaemos con papá y mamá, prefiero que te quedes.

-Genial, pues empieza.

Isabel dudaba si contar a su prima todo lo que la había pasado, todo lo que había sido su vida tres días atrás. Había algo en Lucía que la inspiraba confianza, verdadera confianza, no sabía si era esa mirada que tenía, su voz, su *no se qué* tan especial, no estaba claro, aunque lo que sí lo estaba era que era su mejor amiga.

-Prepárate porque te vas a quedar patidifusa.

-Hija, no será para tanto.

Mientras se arreglaba, Isabel refirió a Lucía todo lo referente a Coraí, Aliel, el hombre del hermosísimo rostro, a Betueim. Lucía la escuchaba y Isabel notaba que ella creía en sus palabras, estaba encantada, concía bien a su amiga y sabía que si ella decía que todo aquello era verdad, lo era, además sus tíos también lo sabían. La voz de Carolina pareció llamarlas desde la planta baja.

-Vamos niñas.

Las dos bajaron del piso arriba lo más rápido que les fue posible, Roberto ya había sacado el coche del garage y esperaba. Una vez estuvieron los cuatro ya montados, Roberto puso el coche rumbo al hospital donde Alejandro había dicho que estaba Máximo.

A Roberto y a Carolina les invadía la duda, así lo habían hablado entre ellos, de si hacían bien en llevar a su hija a ver al muchacho que solo hacía unas horas se había portado de aquella manera. Pero Isabel había dicho a su padre...

-Papá, sé que Máximo es bueno, él no puede ser así, tiene que cambiar, yo le quiero papá, le quiero.

Bien sabían Carolina y Roberto que si no llevaban a su hija a ver a ese muchacho, e incluso también ellos, si no lo hacían, sería algo mucho peor para Isabel, pues el recuerdo o el espectro del muchacho en tal estado, la atormentaría toda la vida. Lo que ellos no esperaban es a quienes se iban a encontrar allí.

Una vez en el hospital...

-Buenos días, somos los padres de Isabel, de una amiga de su hijo.

Los padres de Máximo se levantaron del frío asiento de plástico rígido de la sala de espera de la zona reservada para la UCI.

-Gracias, gracias.

-¿Cómo están, podemos hacer algo?

-Muchas gracias, ya lo han hecho con su presencia. Tú eres Isabel, me ha hablado mucho mi hijo de ti. ¿Y tú quién eres? Eres preciosa.

-Me llamo Lucía, soy prima de Isabel.

-Eres preciosa, también te agradecemos querida el que hayas venido.

Máximo está muy mal, todo su cuerpo está destrozado.

La madre se puso a llorar amargamente, infundía una inmensa lástima el ver ese tan amargo llanto que arrancaba tan gran angustia, y no poder hacer nada. Isabel vio que un grupo de muchachos llegaba también en esos momentos, pudo ver entre ellos a Alejandro. Este, al verla, fue hacía donde estaban. A Isabel la extrañó el que Alejandro fuese a ver a Máximo, aunque era obvio que tendría sus razones.

El grupo de muchachos, que hacían un total de siete, llegaron hasta allí. Dos de ellos parecían conocer a los padres, se acercaron hasta ellos. Roberto y Carolina se separaron junto con las niñas. Alejandro se acercó hasta ellos, el primer rostro que vio fue el de Lucía que le miraba de forma interrogativa. Todos notaron que Alejandro había cambiado de forma radical al ver a Lucía y a esta tampoco parecía desagradar el muchacho.



-Buenos días señor, señora... -repuso saludando con tono cordial, aunque en voz baja por el lugar y el momento.

-Buenos días hijo mío, me alegro verte.

Fue Isabel la que se acercó a Alex y le dijo algo. Este asintió.

-Isabel hija, nosotros vamos a irnos, Alejandro te dejo a mis dos niñas, ¿has venido en coche?

-No señor, hemos venido todos en moto.

-Está bien, de todas formas las dejo contigo, sabrás cuidarlas, estaremos en contacto.

-Papá, ¿por qué te vas?

-Hija, mamá y yo no hacemos nada aquí, deja a tu padre que bien sabe lo que hace. Anda, pasad el día tranquilas, estaremos en contacto.

-Vale mamá, os llamaremos.

Lucía asintió encantada. Unas vez que Carolina y Roberto se fueron, Isabel se acercó a Alejandro, habló con él.

-Creo que sí lo arreglaré, no te preocupes, conozco al director de este hospital desde que aprendí a andar, es muy amigo de mi padre, se lo pediré.

-Gracias Alejandro.

-Por favor Isabel, no hay de qué, somos amigos.

-¿Piensas mal de mí por esto?

-Isabel, sé lo que sientes por Máximo, y te respeto, eso es todo.

-Gracias Alex, tendrás que quedarte con Lucía, papá ya te la ha presentado.

Isabel notó que las mejillas de Alejandro se encendieron un poco al decir ella esto de su prima, cayó respetuosa.

Alejandro desapareció un rato, justo el tiempo que tardó en subir a hablar con el director del hospital. Pasado un rato volvió donde Isabel y Lucía esperaban.

-Está hecho, pero a las siete de la tarde tendrás que abandonar el recinto.

Isabel se proponía quedarse con Máximo el más tiempo posible. Y así fue, cuando todos se fueron, ella, con el pase que la había conseguido Alejandro, entró donde estaba Máximo sin que nadie se lo impidiese.

-Jovencita, ¿qué es para ti ese muchacho?

-Es mi amigo.

-Tu amigo... comprendo... Pues debes de hablar a tu amigo, como si te escuchara, cuéntale cosas, eso le hará un gran bien.

-Lo haré doctor.

-Bien, bien. Según se me ha notificado, estás de prácticas, esto te enseñará mucho.

Isabel quedó sola con Máximo, ella le hablaba, le cogió la mano, le acarició el rostro, le despejó como a él le gustaba la frente de su largo flequillo de negrísimo cabellos.

-Máximo, sé que me estás escuchando, dicen los médicos que estás muy enfermo, muy grave, pero yo sé que puedes y que vas a superarlo. Betueim, Betueim, Betueim, ves a Betueim, allí sanarás, allí podrás beber de manantiales del agua más pura que nadie pueda soñar.

Isabel posó su cabeza sobre el pecho de Máximo, unos gruesos lagrimones nacían en sus bellísimos ojos.

-Te quiero, te quiero Máximo, siempre te he querido y te querré durante toda mi vida. No me dejes, no me dejes, no sabría que hacer sin ti, la vida ya no sería lo mismo, no te vayas, lucha, sé fuerte, tu lo eres, lucha contra la enfermedad, si lo deseas puedes vencer, yo te estoy esperando aquí, cuando vuelvas seremos uno para otro y juntos buscaremos Betueim. Máximo vuelve, vuelve a mí.

Isabel, en un movimiento instintivo de dolor, rezó con fervor. Una enfermera que pasaba por allí expresaba con un movimiento de cabeza su dolor ante la escena que ahí se desarrollaba. Fuera, Alejandro y Lucía esperaban, desde hacía horas, a que Isabel saliese.

-No ha comido nada, solo ha desayunado y son las seis de la tarde.

-De todas formas esperaremos, me imagino que ella ya habrá hablado con sus padres.

Lucía y Alejandro decidieron esperar a Isabel fuese la hora que fuese, era importante hacerlo así. Pero Isabel tardaba demasiado, por lo que Alejandro se decidió a intervenir.

-Vamos a por ella, ven entraremos juntos.

-No te preocupes, sí nos dejarán, confía en mí.

Lucía, que estaba sentada en el suelo, apoyada en el tronco de un gigantesco árbol del parque que estaba junto al gran hospital, pidió la mano a Alejandro para

levantarse. Este se la dio y la ayudó, pero ella no la soltó aún cuando ella ya estaba de pie junto a él.

Pero Isabel se les había adelantado, salía en esos momentos por la puerta principal del hospital, parecía mirar a su alrededor buscando a Lucía y a Roberto. Estos, al verla, la llamaron y la hicieron señas, ella los vio al momento.

-Te preguntarás muchas cosas Alex, como el por qué sigo queriendo a Máximo después de lo que ha hecho y de lo que quería hacer.

Ciertamente Isabel estaba muy confundida. La intervención contundente de Coraí aquella noche, había cambiado su vida de forma radical, tenía que haberla cambiado según pensaba ella. Pero todo había cambiado, ella sentía que algo había cambiado, que estaba cambiando o que iba a cambiar. Se encontraba muy angustiada, amaba a Máximo y verle así la rompía el corazón.

-Te imaginas que despertase, ¿qué harías? -repuso Lucía-.

-Sí, sí me lo he planteado, y en estos momentos es lo que más deseo, que despierte. Créeme, él no es malo, tienes que creerme Alex.

Alejandro fijó sus ojos en Isabel, esta parecía muy nerviosa.

-Tienes que tranquilizarte, lo que sea, será, no intentemos arreglar un futuro que todavía no existe. Máximo te habría hecho daño y únicamente una intervención muy fuerte podría hacerle cambiar.

-He oído hablar a dos médicos entre sí, ellos ignoraban que estaba yo presente.

-¿Qué decían?

-Uno de ellos, por su voz parecía más mayor y de más rango, decía al otro que Máximo no pasaría de esta noche, que mañana la cama estaría libre. Con tono algo sarcástico el otro dijo que ya podía la familia ir encargando la caja de pino, que palmaba esta noche.

Isabel estaba muy abatida, Lucía la estrechó contra ella. Alejandro propuso algo.

-Os invito a cenar a las dos, luego os llevaré a un lugar que os gustará, mis amigos ensayan en el local, guitarra, bajo, piano, armónica, batería, bongos, y a tope. ¿Os apetece?

-Te agradezco lo de la cena, pero hoy no tengo ganas de más, tendréis que disculparme, aunque vosotros dos podéis ir, yo me cogeré un bus y me iré a casa.

-De ninguna forma. Venga llama a tus padres y diles que vamos a ir a cenar y que luego iremos a casa.

-Vale.

Isabel sacó su móvil del bolsillo, llamó a su casa. Una vez terminada la llamada...

-Mira Isabel, te propongo una cosa, pero antes has de prometerme que vendrás al ensayo de mi grupo.

Isabel miró fijamente a los ojos a Alejandro durante unos momentos, él notó esta mirada tan especial de ella.

-Bueno, ¿qué me dices?

-Primero dime de qué se trata y luego te contestaré.

-Está bien, mira, haré que si el estado de Máximo cambia, tanto para bien como para mal, haré que te avisen directamente a ti.

Isabel estaba sorprendidísima, sabía que el padre y la madre de Alejandro eran muy influyentes, pero no hasta ese punto.

-Isabel, me hice pis de pequeño en los pantalones del que ahora es director de este hospital, ¿te vales con eso?

Isabel dio un respingo, y rodeando el cuello de Máximo con sus brazos, lo estampó un sonoro beso en el carrillo derecho, tanto que se lo dejó un tanto rojo.

-Vale, vale, he comprendido, venga vamos a hablar con Julio, luego iremos a cenar y ...

Y pasó aquél día, y aquella, semana, y aquél mes. Máximo, al contrario de los pronósticos poco halagüeños de los médicos, parecía haberse estabilizado, aunque no abandonaba el coma profundo en el que se encontraba. Su naturaleza fuerte de por sí, había recuperado la vitalidad suficiente para evitar la muerte segura que le parecía acompañar desde que tuvo el accidente.

Isabel no se separaba ni de día ni de noche de su móvil, pasaba horas y horas junto a él hablándole, estando con él como si no estuviese en coma, llegó a conocer sus manos, su rostro, tan bien, que podría dibujar con los ojos cerrados cada doblez de la piel, cada vena, ella acariciaba con amor y con esperanza una y otra vez. Los padres de Máximo ya conocían bien a Isabel y la querían sobremanera, llegó a ser como una hija para ellos, horas y horas pasaron tanto el padre como la madre junto a ella cuidando, esperando a su hijo, esperando al chico que ella amaba.

Una noche, después de cenar, Isabel habló con sus padres.

-Estamos en mayo papá, y todavía él sigue en coma, lleva ya muchos meses.

-No pierdas la esperanza hija mía, ahora bien, que piensas con respecto a que si él despertara de su profundo sueño, ¿qué harías hija?

-No lo sé papá, continúa latente en mi, despierto como una luz que me avisa, el miedo que le cogí por sus últimos actos con respecto a nosotros, aunque es cierto que también en lo más profundo de mi interior siento como si todo aquello era como un teatro.

-¿Crees que Coraí habría aparecido si se hubiese tratado únicamente de un teatro?

-Ni mucho menos, los hechos son los hechos y por ellos debemos guiarnos, sería una necedad el no tenerlos en cuenta, el no acordarme de ellos, ello no significa que no le haya perdonado. Pero el amor es más fuerte que todo eso, y dentro de mi hay un amor que disculpa todo, que desea que él...

Isabel cayó, las palabras se le atragantaban en la boca antes de poder articularlas.

-Venga hija -repuso Carolina estrechándola contra su corazón-, todo se andará, ya verás como la luz se hace entre todo esto, además no puede tardar mucho. ¿Oye, no decías que *esta margarita iba a sonreír éste otoño*.

Isabel sonrió dulcemente a su madre.

-Mañana me voy de excursión.

-¿Quiénes vais?

-Alejandro y Lucía, por supuesto, unos amigos de Alejandro y no sé quién más. Están empeñados en presentarme a un chico que no me gusta nada.

-¿Qué le pasa?

-Que no me gusta, es mono, pero que no...

-Comprendo, está bien, es hora de ir a dormir.

Roberto y Carolina dieron las buenas noches a su hija y se dirigieron a su dormitorio de matrimonio. Pero algo insólito ocurrió que dejó a todos perplejos, el reloj de la sala principal de la casa, un reloj con sonido de campanas, con una combinación de sonidos espectacular, comenzó a sonar de forma imparable como si continuamente tocase el turno a la media noche.

Los tres se acercaron hasta allí, Roberto estaba asombrado, aunque con un movimiento de su mano, la maquinaria paró inmediatamente.

-¿Cómo lo has parado papá?

-No lo sé hija, es raro, cuando he acercado mi mano, la maquinaria se ha detenido.

De improviso los tres se miraron unos a otros, en la mente de los tres se había escrito como por magia un nombre: Máximo. Con el rostro iluminado de alegría y asombro Isabel grito: ¡Máximo!, papá, mamá, Máximo está aquí, ha vuelto.

Sin dudarle un momento Roberto dijo: vamos a vestirnos, vamos, mamá y yo te vamos a acompañar.

Sin embargo el teléfono móvil de Isabel no había sonado, ¿estarían equivocados? Con prisa, pero sin pausa, llegaron al hospital. Isabel se acercó hasta el cuerpo de guardia de enfermeras, el estado de Máximo era el mismo que siempre, no había ocurrido ningún cambio. Isabel gracias al pase que Alejandro la consiguiese, pudo pasar, aunque esta vez hizo que sus padres entraran con ella, no se podía pero ese pase estaba firmado por el mismo director del hospital y a esas horas era impensable que un familiar se quisiera colar, la normalidad fue su mejor aliada, aunque unos trajes verdes de material esterilizado acabó por arreglarlo del todo.

Los tres se acercaron hasta la cama donde estaba Máximo. Isabel se acercó hasta él y le cogió la mano. Le llamó dulcemente, con voz trémula le invitaba a volver con ella. Sin embargo Máximo parecía continuar en su profundo sueño, sin poder despertar. Pasaron unos minutos, parecía que era claro que todo apuntaba a una broma de la casualidad. Pasado un rato, decidieron irse.

Pero cuando ya daban la espalda a la cama de pronto sonó un seco golpe detrás de ellos, era un frasco de plástico rígido que Isabel ponía siempre cerca de las manos de Máximo, por si despertaba, haría ruido, esto avisaría a los que estaban a su alrededor.

Los tres se dieron la vuelta sorprendidos por el ruido, como en un sueño que se hace realidad, como una ilusión hermosísima e infinitamente deseada, vieron que Máximo tenía sus ojos abiertos y miraba a su alrededor.

Isabel fue hasta él, emocionada, feliz, expectante. Como hasta ahora había hecho y para cerciorarse que era verdad, y no un sueño, una ilusión, que Máximo había despertado, le cogió la mano, emocionada la apretó. Los dos se miraron durante unos momentos, los cansados ojos de Máximo se quisieron cerrar, aunque de improviso, con una fuerza inusitada en alguien que sale de un coma profundo de meses...

-Isabel, esperaba que estuvieras aquí cuando despertara. ¿Sabes una cosa Isabel?

-Dímela.

-Sabes quien te manda recuerdos.

Isabel estaba extrañada por estas palabras.

-Corái, te manda recuerdos, me ha dicho que yo soy lo que se había olvidado pedir al hombre de rostro hermosísimo. Te quiero Isabel y espero que me perdones todo lo que te he hecho, perdóname, perdóname.

Isabel rompió a llorar de felicidad, era inmensamente feliz por lo que oía.

-Máximo, ¿has estado en Betueim?

-Sí, he estado allí todo este tiempo, y ¿sabes a quien he visto allí?

-¿A quién?

-A tu hermano, a Ricardo, he estado mucho tiempo con él, hasta hace unos instantes, ha venido hasta las puertas de Betueim para despedirme, me manda un beso para tus padres...

Carolina, al oír esto, dio un gemido de emoción y dolor.

-¿Están tus padres aquí?

-Me han traído ellos.

Roberto y Carolina se acercaron hasta la cama.

-Me alegro de verle señor, señora, también a ustedes les pido perdón por mi comportamiento.

-Claro que te perdonamos hijo, ahora lo que tienes que hacer es recuperarte.

-Gracias señor, eso es ahora lo que deseo. Isabel, ¿es precioso?

-¿El qué es precioso Máximo?

-Tu tigre, es preciso, míralo, está ahí a tu lado, a nuestro lado.

Isabel miró a su alrededor de forma espontánea, a su lado había un enorme tigre, un poderoso felino que emitía unos sonidos guturales que harían encanecer al más valiente.

-Es nuestro, es para nosotros.

Una ya entrada en años enfermera de guardia, extrañada por la conversación y el ruido a esas horas, se acercó curiosa. Al ver a Máximo dio un respingo.

-¡Santo cielo! Es la 42, hay que avisar al médico de guardia.

-Se acercó rápidamente y pulsó un interruptor de alarma.

-Oh hijo mío, que alegría, bienvenido, ahora mismo viene el doctor. Hay que despejar esto, ¿quiénes son ustedes?

-Soy su futura mujer.

-Somos sus futuros suegros, es nuestro yerno.

La enfermera pareció extrañada.

-Pues si no le importa les ruego que salgan.

El médico de guardia llegaba al reservado como una exhalación.

-Adiós Máximo, mañana vendremos.

-Hasta mañana.

-Oye, no te vuelvas a dormir, ¿me lo prometes?

-Te lo prometo, juntos tenemos que buscar y encontrar Betueim, está Isabel, está.

-Te dejo a mi tigre.

-Nuestro tigre, ¿no le has puesto nombre todavía?

-Hoy, ahora es la primera vez que le veo desde aquella vez en Betueim.

El médico miró a la enfermera sin saber exactamente de que iba todo aquello de tigres e historia, la enfermera esbozó una mueca cómica con la comisura de sus labios, él la ordenó despejar el reservado, llegaban en esos momentos dos médicos más.

-Isabel su nombre es Gregel.

Isabel, junto a sus padres, se fue a casa. Era inmensamente feliz, Maximo había visto, había hablado con Coraí, con Aliel, había estado con el hombre de rostro hermosísimo y sobre todo había visto a Gregel, incluso le había dado nombre.

-Bueno hija, ya ves que lo que estaba en lo profundo de tu corazón era verdad, y era bueno, Máximo es otro, ya no es aquél muchacho que conocimos, y te quiere hija.

-Sí mamá, vamos a casa, mañana vendré.

-Yo vendré contigo hija -repuso Carolina-.

-Yo mañana tengo que trabajar, aunque veo que la situación está en vuestras manos. ¿Qué haces hija?

-Pongo un mensaje a Alex, se va a quedar patidifuso.

El mensaje llegó instantáneamente al móvil de Alejandro, éste llamó al momento a Isabel, estaba muy contento.

-Todo ha comenzado Alex -dijo Isabel a Alejandro-, todo ha empezado, tiene un corazón nuevo, papá y mamá están conmigo.

Máximo había despertado de su profundo sueño y parecía haber vivido una experiencia sobrenatural del orden de la de Isabel, al ser nombrado Coraí, Isabel supo que Máximo no sólo había salido del coma profundo en el que estaba envuelto, sino que



a Isabel no le cabía la más mínima duda de que el Máximo que durmió no era el Máximo que había despertado, se lo decía su corazón, estaba segura.

Al día siguiente Isabel, acompañada de Alex y Lucía fueron a verle, Máximo, al ver a Alejandro se quedó extrañado. Aún con sus manos y brazos sin fuerzas le extendió la mano. -¿No me vendrás a dar una paliza de las tuyas?-. Alejandro sonrió, y en esta sonrisa pudo encontrar Máximo el nacimiento de una nueva amistad, amistad que duraría toda la vida.

-He estado muy equivocado toda mi vida, aunque todavía es pronto para tirar la toalla. Alejandro...

-Dime...

-No estarás cabreado conmigo por haberte quitado a Isabel.

Alejandro hizo un gesto a Máximo de que esperara, hizo que Lucía se acercase.

-Te presento a mi novia.

Máximo se quedó sorprendido.

-Es prima de Isabel.

-Me alegro conocerte, discúlpame, estoy muy cansado, es como si me hubiesen dado una paliza.

Estaba débil, los médicos eran optimistas con su recuperación, pero después de un coma profundo no podía tomarse a la ligera la obligación de una recuperación paulatina.

Aquel día Isabel se reunió con Lucía y Alejandro, que ría verles, tenía una idea en la cabeza y quería contársela. Bien era cierto que ninguno de los dos sabía nada acerca de Betueim, de Coraí, de todo aquello que había vivido y que seguía viviendo, la continua presencia de Gregel lo corroboraba de forma fehaciente.

-He tenido una idea y quería contárosla.

-Somos todo oídos, cuenta.

-Máximo necesita una recuperación, aquí en la ciudad no va a poder ser, a menos de que se quede en casa y salga a dar paseos de vez en cuando, cosa que me niego.

-Me parece que ya has pensado en algo.

-Sí, ¿qué os parece si nos retirásemos de vacaciones a un lugar apartado, en medio de la naturaleza, con aire limpio, montañas, sol, lluvia. ¿Qué os parece?

Tanto Lucía como Alejandro se quedaron mirando a Isabel sin saber exactamente si esta había hablado en serio, o era un flus que la había pasado por la cabeza, aunque bien era cierto que la idea era macanuda, aunque era como una mesa con dos patas, por lo menos le faltaba una.

-A mi me parece una idea genial, sin embargo hay un problema en el que no has pensado, nuestros padres...

-Un momento, eso está solucionado, nuestros padres vendrán con nosotros, será una convivencia genial.

En el fondo Isabel quería, no sabía como, preparar algo, quizás el encontrar algún día Betueim. Dudaba entre contar o no su especial vivencia tanto a Alejandro como a Isabel, podrían tomarla por loca, sin embargo ya no era ella sola la que había visto y hablado con Caraí, por ejemplo, una vivencia similar había vivido Máximo, ya eran dos los que podían corroborarlo.

Estaba indecisa, a su lado estaba tumbado Gregel, su grande y poderoso tigre.

-¿Qué te parece Gregel, debo contarles todo a estos dos? -Alex y Lucía se miraron sorprendidos, Isabel estaba hablando sola, eso era preocupante, había estado sometida a mucha tensión con lo de Máximo-. El enorme tigre se levanto y con una voz profunda y grave, a la vez que muy bella, dijo a Isabel...

-Díselo, ellos te creerán, y te creerán porque te quieren, además les harás felices.

-Gregel -repuso Isabel asombrada- estás hablando.

-Creo niña que es obvio, o vas también a pensar ahora que todo es un sueño.

Isabel abrazó a su preciso tigre contentísima, se la veía feliz, aunque los que no estaban ni contentos, ni felices, eran Alejandro y Lucía que miraban a Isabel como si de una demente se tratase.

-Alomejor también ellos te podrían llegar a ver.

-No es eso lo que se te dijo, él ya me ha visto, y estoy contento, es un chico muy majo, además creo que te va a hacer feliz, aunque...

-Continúa, ¿aunque qué?...

-Estaba pensando en Betueim.

A Isabel se le pusieron los ojos como platos por lo que había oído.

-¿Tú sabes algo de Betueim? ¿Sabes ir?

Un fuerte carraspeo hizo que Isabel dejara su atención sobre Gregel y la centrara en Alejandro y Lucía que la miraban sin saber ya que hacer ni que decir. Isabel refirió a los dos toda su especial vivencia de aquella noche, de cómo Coraí intervino

primeramente, luego Aliel y como fue llevada a Betueim y allí vio y habló con el hombre de rostro hermosísimo.

Los dos escuchaban a Isabel sin perder una sola palabra su boca, estaban ensimismados, no sabían bien por qué, pero los dos sabían que lo que Isabel estaba contando era verdad, una verdad preciosa en la que ellos de alguna manera ya eran parte.

-¿Y con quién hablabas ahora?

-Con Gregel.

-¿Y quién es Gregel?

Es un enorme tigre que el hombre de rostro hermosísimo me regaló en Betueim, y que solo el hombre con el que me iba a casar y que me haría feliz, podría ver como yo.

-Pues nosotros también queremos verle, porque no se lo pides, alomejor te escucha.

Isabel miró a Gregel, pero este permanecía tumbado en el suelo con su enorme cabeza apoyada en su poderosas patas. Isabel lo llamó, pero este ni se inmutó, parecía sordo.

-Lo siento chicos, pero por ahora creo que esto va a ser imposible.

-Y lo seguiré siendo niña, es lo que está decretado y así debe continuar siendo guardado el misterio –repuso el enorme tigre levantándose de improviso y acercando sus enormes fauces a la cara de Isabel-.

-Vale, está todo dicho.

Isabel, lo que antes has dicho me parece una idea genial. ¿Qué te parece Lucía?

-A mí también. Os voy a decir una cosa, ninguna cosa me ata a esta vida. Desde que mis padres se separaron nunca he encontrado un aliciente lo suficientemente fuerte, como para poder volver a ser feliz.

Lucía hablaba mientras estrechaba fuertemente la mano derecha de Alejandro entre las suyas, por su parte Alejandro la escuchaba con atención y respeto, nunca ella había hablado de sus padres, aunque era cierto que Isabel, como familiar suya, ya conocía esto, aunque también ella había evitado este tema con su prima.

-Creo en lo que nos has contado, lo creo primeramente porque hay algo que me dice que es cierto y también porque yo quiero creerlo. Sabes una cosa prima...

Isabel se acercó a ella, había soltado la mano de Alejandro, estaba como emocionada, feliz.

-Me encantaría encontrar aquél lugar en el que estuviste, hablar con el hombre de rostro hermosísimo de que nos has hablado, ver y estar en aquél lugar maravilloso. Sí Isabel, sí, yo creo en ti.

Nada más decir Lucía estas palabras, Gregel, el poderoso y enorme tigre se hizo visible ante ella, Lucía por su parte quedó anonadada por la visión de tan hermoso animal que por su parte la decía...

-Bien dicho niña, y yo os ayudaré a encontrarlo, aunque no será fácil, encontraremos muchos impedimentos de toda clase y magnitud, aunque si perseveráis, llegaremos.

Faltaba por hablar Alejandro, que más reservado y de menos palabras...

-Por mi parte, contad conmigo, yo también lo creo, no me hace feliz como te pasa a ti, Lucía, pero sí siento en mi interior que debo creer, y buscar con vosotras, y con Máximo ese lugar.

-Bien dicho jovencito -repuso Gregel haciéndose visible ante Alejandro-. Y este jovencito ha dicho algo muy importante, que siente que debe creer, aunque no le haga feliz. ¡Bravo por ti chico!

Alejandro abrió tamaños ojos ante la increíble visión de Gregel, el poderoso y enorme gato rayado.

A continuación alguien dijo...

-¿Qué os parece si vamos a ver a Máximo y luego lo preparamos todo?

-Hecho, dijeron a coro Lucía e Isabel.

-Pues vámonos, vamos a buscar y a encontrar Betueim.

Los tres se pusieron en camino al encuentro de Máximo, felices, con el corazón revosante de alegría, con una única meta: Betueim.

J.M.M

